

La Ilustración Artística

AÑO XIII

BARCELONA 23 DE ABRIL DE 1894

NÚM. 643

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PRIMEROS FRÍOS, grupo escultórico de Miguel Blay
(Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1892)

SUMARIO

Texto. - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Congreso médico internacional en Roma*, por X. - *Diálogos matritenses. El Gavilán*, por A. Danvila Jaldero. - *Enseñanzas elocuentes*, por A. Sánchez Pérez. - *En Assisi. El Perdón*, por A. Fernández Merino. - *Casablanca*, por Z. - *Nuestros grabados. Miscelánea. Hechizo peligroso* (continuación). - *Entierro de Kossuth en Budapest*.

Grabados. - *Primeros fríos*, grupo escultórico de M. Blay. - *El ilustre doctor Virchow*. - Vistas de la fachada y de los pabellones del Policlínico en Roma. - *El 14.º de línea en Eylau*, cuadro de L. Royer. - *Marruecos. Casablanca*. - *Idilio*, grupo escultórico de M. Benlliure. - *En Assisi. El Perdón*, dibujo de J. Benlliure. - *Gentilhombre de la época de Luis XIII*, cuadro de Meissonier. - *Monumento erigido al capitán Cook en Sydney*, obra de T. Woolner. - *Llamador de bronce*, de H. E. y L. Fontaine. - *Entierro y tumba de Kossuth*, tres grabados. - *Batería de montaña*, dibujo de R. Navarro. - *En el ocaso*, cuadro de Francisco Sans Castaño.

CRÓNICA DE ARTE

Cada día que pasa va siendo más difícil la tarea de reseñar el movimiento artístico de España, especialmente el de esta capital.

Nunca como ahora el marasmo que impera en todas las esferas del arte llegó a tanta altura. Nunca como ahora la indiferencia por las artes y las letras - indiferencia de la que no habré de inquirir la causa en estos momentos, aun cuando una parte de su origen esté perfectamente clara en la conciencia de todo el mundo - adquirió más alarmantes síntomas. Nunca como ahora artes plásticas y literatura se vieron más faltas de apoyo en los elementos todos que componen una sociedad culta, ni tampoco más faltas de vigor y de originalidad en sus manifestaciones.

Verdaderamente, estas crónicas, más que crónicas de un arte que no existe - ó si existe, es de un modo lánguido y desmayado, tan desmayado que más que desmayo parece catalepsia sin fin - debieran ser crónicas de desdichas, relatos de angustias, narraciones de miserias, noticias de dolorosos espasmos del organismo social de España. El literato, como el pintor, como el escultor, adquieren en estos días sin término, en estos días no vividos por nadie, ni para nada que trascienda á labor intelectual de ningún género, la fantástica existencia de un héroe de Hoffmán ó de Pöe. Ver al pintor delante del caballete esgrimiendo el pincel; al estatuero, afanoso, modelando; al hombre de letras encorvado sobre las cuartillas ó sobre el libro hora tras hora, vertiendo en el papel las ideas que su ingenio le sugiere ó su ciencia le dicta, y todos ellos soñando con la gloria, con el brillo de su nombre, con la esperanza de coadyuvar á la mayor elevación de la cultura de su país, es ver cosa que maravilla, es ver algo no humano, algo que solamente puede encontrarse en las más puras é ideales esferas de la ética.

Me piden *Crónicas de Arte* mis buenos y queridos amigos los editores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, crónicas en las cuales tan sólo del arte español me ocupe; de este arte que tan grande y glorioso abolengo tiene; de este arte que aún hoy se manifiesta - lejos de la patria y producido también lejos, en tierra extraña - á los ojos de Europa como expresión de un senso intelectual vigoroso, tan vigoroso como el de un pueblo que logró dominar por las armas media Europa y una parte inmensa de América, y llevar sus doctrinas filosóficas, y sus letras, y su lengua, y sus ciencias, y la fama de sus trovadores, y la de sus universidades á todos los países conocidos y afincar en ellos. Pero ese arte español, que de cuando en cuando parece despertar de su postración, para mostrar alguna de las muchas cualidades que le avaloran y tornar de nuevo á sumirse en estéril sueño; ese arte, digo, está al presente en uno de los más prolongados periodos de mortal quietud de que no hay ejemplo.

Y todos conspiran á favorecer la prolongación de ese sueño de fetiche; todos conspiran á que la catalepsia del sentimiento artístico de España dure indeterminadamente. Allá está en Roma la Academia de Bellas Artes de España, desierta como casa de duendes, abandonada cual mansión donde se ha perpetrado horrible crimen, como cenáculo olvidado por las gentes que un día se reúnan allí, y allí fueran como el devoto al templo, sin que desde hace año y medio ni un lienzo, ni una estatua, ni una nota musical se hayan elaborado dentro de aquellos estudios, en aquellas salas, sin que un solo artista haya traspasado los umbrales de aquel edificio que, á tuercas ó á derechas, ha venido hasta 1892 recordando al mundo artístico, al mundo culto, cómo España todavía posee un arte, descendiente de aquel otro ilustrado por los Velázquez, Teothocopuli, Berruguete, Cano, Goya, Rosales y Fortuny. Sí, allá está en lo alto

de San Pietro in Montorio el edificio destinado á albergar á los artistas jóvenes que, ya en condiciones para el estudio de los altos conceptos estéticos, el Estado español solía enviar á la Ciudad Eterna, centro de las grandezas del arte de todos tiempos. Pero aquel edificio está vacío, y ¡sabe Dios cuándo nuevos huéspedes irán á ocuparle! Y mientras tanto pasan los años, y cuantos escultores y pintores y músicos y arquitectos habian puesto los ojos en una pensión, soñando con que tras de la pensión estaba un nombre glorioso, un porvenir brillante, al presente unos han rebasado la edad reglamentaria, otros están próximos á ello, y todos ven con angustia desvanecidas sus ambiciones legítimas, y no pocos deshecha para siempre la labor de una juventud entera.

Convirtamos la mirada á nuestro suelo. Si en el extranjero oficialmente España ofrece el espectáculo inalficible de tener clausurado un edificio que es la representación más alta de la más sublime de las manifestaciones de la cultura, aquí se suprimen pensiones; se escatiman cantidades siempre pequeñas, destinadas á la protección del arte, á la enseñanza de ese arte mismo; se desdeñan las artes plásticas, especialmente la pintura, no llamándola á la decoración de ningún edificio público; se paga con misérrimo jornal la estatuaria que, por inverosímil caso de buen gusto, habrá de ser ornato del edificio que al saber humano ha erigido la nación en Recoletos.

Si alguna vez se me ocurre ir á la escuela especial de pintura, escultura y grabado, salgo siempre de este establecimiento, el primero de España para la enseñanza de las Bellas Artes, discurriendo cómo puede realizarse lo de enseñar en una escuela donde si hay catedrático de *Historia y teoría del arte*, en cambio no hay ni una colección iconográfica chica ni grande, ni siquiera un álbum de fotografías de indumentaria ni de nada que se relacione con la asignatura; en una escuela donde si hay un catedrático de *Anatomía artística*, como á su colega el de *Historia y teoría* le acontece que no tiene material para el desempeño de su cometido; en una escuela donde si es preciso una estatua del antiguo, un simple vaciado en yeso para la copia en las clases, es preciso que la Academia de San Fernando conceda permiso, puesto que las colecciones pertenecen á este cuerpo consultivo.

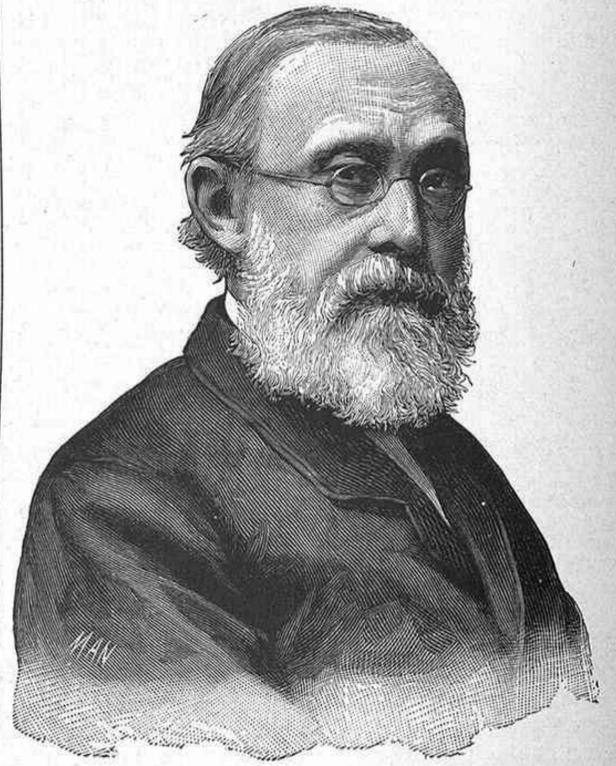
Dirán mis lectores que esta *Crónica* comentada parece la repetición de otras por mí publicadas en estas mismas columnas, y en verdad que tienen razón. Pero no es mía la culpa; es de esos gobiernos que se suceden unos á otros, de esos centros oficiales á quienes la cura del arte está encomendada; de este ambiente de tristeza, de miserias morales y materiales que respiramos hace años. ¡Ay! Es que ha muerto algo en este pueblo español, y todo parece resentirse de la falta de ese algo; algo que era fe, entusiasmo, constancia, energía.

Sigan leyendo cuantos á estos deshilvanados artículos presten atención; sigan leyendo, porque aún tengo que relatar más tristezas, más dolores, más abandonos. Las Exposiciones bienales de Bellas Artes ya no existen. Tocaba el turno á este año de 1894 para celebrar una, y en efecto, ya no se celebra porque se le olvidó al ministro de Fomento consignar la partida correspondiente en el presupuesto. No eran bastantes los obstáculos relatados en las líneas primeras de esta *Crónica*, para interponer en el penoso camino que el arte español viene recorriendo hace años obstáculos casi insuperables; y vino el egoísmo político, mejor que político personal, á cerrar aquel palenque adonde iban, en busca de monedas de gloria, nuestros artistas. Y aun no satisfecho ese egoísmo con ese puñado de miles de pesetas, que eran otros tantos prestigios para la nación, cuerpo tan rico como el Senado suspende la tarea de decorar con obras de los pintores contemporáneos más célebres su residencia, por el plausible motivo de ingresar lo que á dichas obras destinaba en las arcas del tesoro, á fin de que un ministro, un hacendista de última hora, llevase á la práctica lo que con tanta gravedad afirmara en las Cortes: la nivelación de los presupuestos, á sabiendas de que tal afirmación era falsa de toda falsedad.

Y si por este lado el artista ve cerrarse el horizonte, en cambio tiene el consuelo de no cobrar las obras que las corporaciones oficiales le encargan, á precio ínfimo, por supuesto, y regateándolas como si fuesen peras. De la Ceca á la Meca andan los autores de las estatuas destinadas á la plaza de Madrid ó de la Cibeles, para ver si logran, después de dos años, que el ayuntamiento de esta villa y corte les abone el primer plazo que les corresponde cobrar por las referidas estatuas. Como andan también otros artistas recorriendo la calle de la Amargura con la esperanza de que sea una verdad el cumplimiento de los compromisos contraídos por el Estado para el pago

de varias obras artísticas. Como todavía no saben aquellos que cayeron en el garlito de enviar á la famosa Exposición de Chicago sus cuadros y esculturas cuándo volverán á verlos, y cuándo podrán repartirse las cuarenta y cinco mil pesetas con que magnánimamente hubieron de ser adquiridas por el ministro de Fomento varias primeras, segundas y terceras medallas de la última Exposición nacional.

Cierto que, de cuando en cuando, suele anunciarse algún concurso escultórico, debidos á la iniciativa privada los más y á la de las corporaciones municipales ó provinciales los menos. Ahora recuerdo que hace unos días la Academia de San Fernando emitió dictamen respecto de los proyectos presentados á concurso para elevar una estatua al filántropo gallego señor marqués de Amboage, estatua que se elevará en Ferrol. Si he de decir verdad, ninguno de los bocetos sobresalía por bueno; sin embargo, el premiado es, á mi juicio, el más discreto, sobre todo el pedestal. Realmente no logrará jamás inspirar al artista la indumentaria moderna. La levita y el pantalón, por muy bien cortados que estén y así sea el sastre un Berruguete de la tijera, serán siempre unas fundas antiestéticas cuanto cómodas. Y entre los varios inconvenientes que ofrecen aquellas prendas de vestir para la realización de una obra de arte, uno hay que no es dable al artista vencerlo, el de borrar por completo la belleza de las líneas del desnudo, amén de hacer de un hombre hermoso uno de tantos que se pasean por esas calles, rellenas de algodón todas aquellas partes defectuosas de su físico. Por eso entiendo que sin faltar á la verdad, y aun cayendo en ciertas mentiras de las llamadas convencionales y que tan atrabiliario traen á Max Nordau, la escultura moderna debiera estudiar el modo de vestir la estatua del hombre ilustre del día que más concordase con la belleza y el respeto debido á la forma humana.



EL ILUSTRE MÉDICO BERLINÉS, DR. VIRCHOW

También el ayuntamiento de Madrid (¡guarda, Pablo, que es podenco!) acordó incluir en el presupuesto del año económico próximo la cantidad necesaria para llevar á vías de hecho la erección de una fuente monumental coronada con la estatua de Bravo Murillo, hombre ilustre á quien debe esta villa del oso y del madroño la traída de aguas del Lozoya. Naturalmente, el susodicho acuerdo de los ediles madrileños es el tercero de la serie, y si los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hacen un ligero esfuerzo de memoria, recordarán que ya he hablado de la estatua del célebre ministro de Isabel II hace más de un año, porque todo ese tiempo y algo más lleva esperando el escultor Gandarias á que el ayuntamiento de Madrid, cumpliendo un acuerdo tomado y un compromiso contraído, dispusiera la entrega del primer plazo en que se pactara el pago de la obra, para dar comienzo al modelado del modelo definitivo y á preparar los materiales y proceder á la ejecución de la decorativa de la fuente que habrá de servir como pedestal á la estatua.

El Círculo de Bellas Artes entró en un período de actividad digno de aplauso, aun cuando esa actividad resulte, como me temo, estéril, dada la apatía, el



Fachada del Policlínico en Roma

marasmo ó como quiera adjetivarse esta indiferencia total con que miran el arte y los intereses artísticos gobiernos, Academia de San Fernando, colectividades y personalidades cuyos medios de vida son más que sobrados para favorecer toda manifestación de aquella índole.

Entre las iniciativas que el Círculo de Bellas Artes ha tenido durante estos últimos meses, dos merecerán seguramente bien de cuantos aman el arte. De una de ellas se ha ocupado hace muy pocos días toda la prensa madrileña: consiste en erigir una estatua en esta corte al insigne autor de *Las Meninas*, el gran Velázquez. Para allegar recursos á tal objeto se ha acordado invitar á los artistas nacionales y extranjeros para que regalen una obra de arte, que se enajenará en una gran *tómbola* que habrá de verificarse durante la Exposición de Pintura y Escultura que para el próximo mes de mayo está organizando la sociedad citada. Yo creo que si muchos artistas, especialmente extranjeros, harán oídos de mercader á la petición, en cambio, otros seguramente han de contribuir á que la idea prospere y se convierta en realidad. Yo por mi parte propongo á la comisión organizadora (ó como se llame) que entienda en el asunto, que vea el modo de hacer que en el Congreso se presente por un representante del país (claro que no había de ser por un portero) una proposición de ley cuyo artículo principal fuese la concesión de una cantidad alzada con destino á la creación de dicha estatua. Después de todo, bastante más que los

miles de duros que se acordara conceder para el objeto valen las gloriosas páginas que con su mágico pincel escribió el eximio maestro de la historia de la cultura y del arte nacionales.

Para concluir esta *Crónica*, vaya una nota *amusañte*, como diría cualquier ministro de los que ahora gastamos. La fuente de la Cibeles vuelve á estar sobre el tapete (es un decir). El señor conde de Romanones, alcalde de esta corte, parece que no está conforme con que la obra de Villanueva tenga el emplazamiento actual. Y en uso de sus atribuciones, pretende llevar á la diosa Tierra al centro de la plaza de Madrid.

Y aquí me tienen ustedes á los académicos de San Fernando y á buen golpe de madrileños ardiendo en santa ira, dispuestos á volver, como allá por los meses de abril y mayo del año de 1892, á romper una ó más lanzas en favor de la mitológica deidad, ó mejor dicho, en favor de la paz y sosiego de que viene disfrutando ha un siglo la Cibeles.

Verdaderamente que si la trasladan al centro de la plaza van á suceder, por lo menos, dos cosas dignas por su importancia de ser muy tenidas en cuenta: la primera, que dejaría de ser cierto lo que un poeta dijo aludiendo á la carroza y á los leones que tiran de ella, de que *rompe hacia el Prado*; pues según tengo entendido, al ser colocada la Cibeles y su vehículo en el centro de la mencionada plaza, lo sería de modo que *rompiese hacia la calle de Alcalá*, lo cual viene á destruir un verso; y la segunda cosa que

sucedería sería que dejaba expedito el paso por aquella parte del paseo de Recoletos, donde hoy tan á gusto de la Academia de San Fernando está la fuente en litigio de desahucio.

Y como, ó mucho me equivoco ó la cuestión Cibeles va á dar algo que decir, hago ahora punto final hasta la *Crónica* próxima.

R. Balsa de la Vega

CONGRESO MEDICO INTERNACIONAL DE ROMA

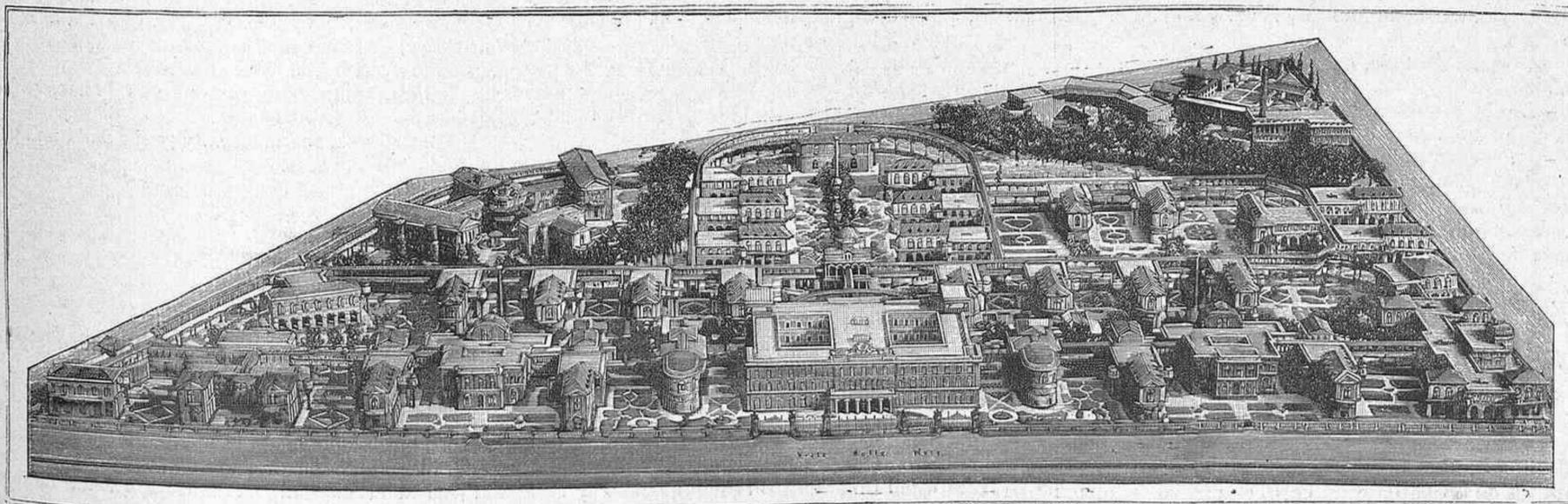
Para demostrar la importancia del undécimo congreso médico internacional celebrado recientemente en Roma, bastará decir que á él han acudido más de 7.000 médicos, entre los cuales figuraban las notabilidades de todo el mundo. La ceremonia inaugural tuvo lugar en el grandioso teatro Costanzi, y en ella usaron la palabra el presidente del Consejo de ministros de Italia, el ilustre Bacelli, el eminente Virchow, que atraía con preferencia la mirada de todos los congresistas y cuyo retrato publicamos, el *síndaco* de Roma y los representantes de los diversos comités organizadores. Inmediatamente comenzó el congreso sus tareas, que alternaron con magníficas fiestas, entre las cuales sobresalieron el banquete en las Termas de Caracalla, la *garden-party* ofrecida en el Quirinal por los soberanos, la función de gala en el teatro Costanzi, la batalla de flores y la excursión á Nápoles.

Simultáneamente con el congreso se ha celebrado una exposición internacional de Medicina é Higiene, instalada en el palacio de Bellas Artes, en donde han podido admirarse interesantes preparaciones de bacteriología é histología, cortes viscerales, piezas anatómicas, instrumentos quirúrgicos, aparatos de desinfección y de hidroterapia, instrumentos de física aplicada á la medicina, material de sanidad militar y de enseñanza y una magnífica colección de obras de medicina italianas que demuestran cuánto ha progresado Italia en esta ciencia. Además figuraron en esa exposición aparatos para conducción de aguas y para drenajes y productos de todos los ramos de la industria y de la ciencia aplicables á las necesidades de la vida y cuantas innovaciones contribuyen á la salud del pueblo y á la defensa contra las asechanzas de las enfermedades.

Las secciones en que se ha dividido el congreso han celebrado sus sesiones en el Policlínico Humberto, magnífico edificio de construcción moderna, destinado, como su nombre indica, á la enseñanza de la patología y de las diversas especialidades y que cuando esté en ejercicio constituirá un gran elemento material de estudio de que la capital de Italia podrá con razón enorgullecerse. En el Policlínico, ideado por el ilustre profesor Bacelli, hay, además de las clínicas y de los pabellones aislados, amplios locales para laboratorios, escuelas, bibliotecas y salas para operaciones especiales.

Entre los disertantes en el congreso han sobresalido el sabio berlinés Virchow, uno de los hombres que ha sido y es todavía portaestandarte del progreso científico, el rumano Babes, el austriaco Nothnagel, el noruego Laache, el inglés Fodster, el italiano Bizzozo, el ruso Danislewsky, el holandés Stokvss, el norteamericano Jacobi y el suizo Kocher.

Los médicos españoles han tenido también brillante representación en el congreso de Roma, habiendo enviado trabajos de importancia é interés sumos, entre otros, los doctores Cajal, Calleja, Jiménez, Espina, Tolosa Latour, Letamendi y Olóriz, de Madrid, y Robert, Cardenal, Fargas, Font y Torné, Valentí, Martínez Vargas, Valls, Suñé Molist, Botey, Roqué, Roca y Salvat, de Barcelona. — X.



Congreso médico internacional celebrado en Roma. — Vista general de los pabellones del Policlínico (copia del proyecto en plástica)

DIALOGOS MATRITENSES

EL GAVILÁN

GRAN BAILE DE MÁSCARAS DE 1 A 6 DE LA MADRUGADA

- Ahora verás cosa buena; de estas funciones no hay allá en tu pueblo. Mira, mira cuántas señoras van entrando. Te quedarás hecho un *gilli* cuando te encuentres en medio de tanta beldad.

- ¡Chico, y qué guapa es esa que está debajo del farol y qué traje tan magnífico! ¡Será alguna señora muy principal! ¿Verdad?

- Vaya; lo menos alguna duquesa que viene de incógnito á ver si encuentra quien la convide á cenar.

- ¡Hombre, á cenar! Pues qué, ¿en su casa no tiene qué?

- Se dan casos de que no.

- Eso no es posible.

- ¡Bah! Vosotros los estudiantes noveles no sabéis nada de las costumbres de la aristocracia de la calle de Jardines y sus alrededores. Hay allí cada señora de la *high-life*..., marquesas, princesas, etc.

- ¡Hombre, tanto como princesas!..

- Sí, princesas... rusas, emigradas por sus opiniones nihilistas.

- Vamos, y por eso vienen á cenar al «Gavilán.»

- Justo. Aquí no verás más que cosas sorprendentes. Yo que deseo hacerte un madrileño fino y que tengo empeño en completar tu educación, voy á presentarte á unas amigas que he visto entrar y que á poco que frecuentes su trato te enseñarán más que todos los catedráticos de la Universidad. Vamos, sígueme.

- Chico, yo parece que tengo reparo: ya ves, como no tengo costumbre...

- No seas tonto, son gente muy campechana, y en cuanto se enteren de que eres amigo mío, ya no necesitas más.

- ¿Tú crees?..

- Sí, hombre, sí; no seas tonto. Vamos. Oye, ¡ojo al caldero!

- ¿Qué quieres decir?

- Que no te olvides de que llevas el reloj en el bolsillo, porque aun cuando aquí todos somos de fiar, á veces sucede, hasta en los salones más aristocráticos, que se introduce algún ratero sin pudor, y sería lástima que esa magnífica *patata* de oro, que te regaló tu tío el canónigo, fuese presa de algún tomador, cuando su fin natural es otro.

- ¿Cuál?

- Terminar su vida en alguna casa de préstamos.

* *

- Es usted muy bonita, niña.

- Sí, pues cómpreme usted dulces.

- Le compraré á usted todos los que quiera, incluso una trucha de mazapán.

- ¡Jesús, hijo!, qué más trucha que usted.

- Pero no estoy en seco, joven, que aún tengo un duro para gastármelo con quien me dé la real *de la gana*.

- Eso ¿me lo cuenta usted ó me lo dice?

- Como quieras, Beatriz.

- En primer lugar, no me llamo Beatriz, que me llamo Pepa, y en segundo lugar, no tengo ganas de conversación.

- ¿Y ganas de cenar una chuleta?

- Eso, según; si usted me la ofrece con buen fin.

- Toma, pues qué, ¿había de ser para envenenarla? Vamos al *restaurante* y verás qué juerga.

- Es el caso que yo tenía un compromiso...

- Déjate de compromisos, Pepa, y andando, que yo pago.

- Después de todo, cuando pasan rábanos, comprarlos.

- Eso no está bien dicho; debes sustituir la palabra comprarlos por comerlos.

- *Pa* el caso es lo mismo.

- ¡Qué polca tan bonita! ¿Quieres que la bailemos? Así haremos ganas de cenar.

- Bueno; bailémosla, aunque por mí, lo que es ganas de comer nunca me faltan.

* *

- ¡Jesús, Carola, qué calor tan horrible y qué atmósfera tan pesada!

- Calla, Emma, que el desencanto es tremendo. ¿Y estos son los célebres bailes del «Gavilán» que novelas y periódicos nos pintan como un paraíso terrenal? Si esto no es más que una parodia de los bailes aquellos de las barreras de París.

- El local no es malo.

- Sí, mejor que el público, que sin ofender á nadie, deja mucho que desear. Mira, mira nuestra pei-

nadora con qué *entrain* bailotea con un caballero con una chistera descomunal.

- Como que las alquilan á la puerta, porque no dejan entrar de hongo ni de gorra. Vaya con la Juanita. Ya verás qué broma le doy mañana.

- No, por Dios; para qué queríamos más; pasado mañana sabría todo Madrid nuestra escapatoria.

- Carola, yo me fastidio horriblemente, vámonos. Ya he satisfecho mi curiosidad, y como presumo que no vamos á dar broma á ninguno de estos tipos, creo que debemos volvernos á casita.

- Como gustes; la verdad es que esto tiene pocos lances, para nosotros se entiende... Pero, calla..., ¿qué tienes? Tu brazo tiembla... Contesta, por Dios, Emma... No te pongas mala, que nos comprometes.

- Carola, mira allá en aquel ángulo, junto al espejo.

- Sí, pero... no veo más que una manola muy bien vestida.

- ¿Y á su derecha?

- ¡Ah, ya! ¡Qué escándalo! ¡Tu marido!

- ¿Quién será ella? Hay que averiguarlo.

- Pero qué... ¿no nos vamos?

- ¿Ahora quieres que me vaya? No; hay que darle un bromazo al gran tuno, que se acuerde toda su vida. Me alegro de haberle pescado en el garlito. ¡Infame!

- Al fin le hemos encontrado la gracia al «Gavilán.»

* *

- ¡Muy bien, muy bien, caballero!

- ¡Mi tío! ¡Me cayó la lotería! ¡Abrete abismo!

- ¿Esta es la manera como estudia usted su carrera, joven intemperante? ¿Es así como cree usted que va á ser ingeniero?

- Pero tío, si...

- No hay tío pásame el río. Hace media hora que le estoy viendo á usted dar saltos y cabriolas con cuatro suripantas, rebajando su apellido con unas contorsiones impropias de un hombre civilizado. No bailarías de otro modo el rey de los zulús.

- Pero...

- Qué pero ni qué camueso. Y yo que vengo de Molina únicamente para que no estudiaras demasiado y comprometieras tu salud, y te encuentro en esta saturnal... ¡Salandija!

- Y usted ¿por qué ha venido aquí?

- ¿Yo? Porque doña Eladia, tu patrona, me ha dicho: «D. Ciriaco, su sobrino no está en casa; si es cosa urgente puede usted buscarle en el Gavilán.»

- (Patrona de los demonios, ya te arreglaré yo.)

- Y dicho y hecho; he venido y te he hallado hecho un gavilán en medio de todas estas palomas torcaces, preparándote con un cancan para el examen de Mecánica racional. Pero ya te cortaré yo las alas. ¡A Molina en seguida! Volverás á Madrid cuando yo muera.

- Tío, perdón. Que me echa usted á perder la carrera.

- Si la carrera que tú sigues es la del patíbulo...

- ¡Pues ni que fuera yo Jaime el Barbudo!

- No lo eres aún, pero ¡quién sabe! De menos nos hizo Dios. En fin, coge la capa y á casa á estudiar; sólo te absuelvo si sacas un sobresaliente.

- (Si los exámenes fuesen de baile, me llevaría hasta el premio de la asignatura.)

* *

- Oiga usted, señora: ese joven con quien usted bailaba, ¿lo ha comprado usted ó se lo ha encontrado?

- ¿A usted le importa algo?

- A mí, ahora no, porque yo la ropa vieja que tiro no me importa *na*. Porque ha de saber usted que antes que la conociera á usted era novio mío.

- ¿Y qué?

- Que se conoce que es usted como los prenderos, que compran los trastos viejos.

- Mire usted, á mí me sobran novios, y cuando está usted tan sofocada es señal de que no tiene más que ese.

- Porque yo no voy á buscar á los hombres como hacen otras.

- Eso ¿lo dice usted por mí?

- Pues usted verá.

- A mí no me venga usted con *indirectas*, que tengo dos manos muy hermosas.

- Y yo ¿soy manca?

- ¿Sí? Hija, pues luego lo veremos á la salida, que aquí no quiero escandalizar.

- Hace usted bien, que allí está el *Ispetor* y debe de conocerla.

* *

- Mascarita, debes ser encantadora. Esos ojos que fulguran á través del antifaz, esa barbita tan mona, con un hoyuelo tan gracioso...

- Te equivocas; soy vieja y fea.

- No; hay ciertas cosas que no se pueden disimular, y tú no puedes ocultar tu hermosura y tu juventud. Me lo dice el corazón. Este encuentro será para mí el más agradable de mis ensueños de soltero. Vamos, por favor, levanta un poco el encaje á ver si te conozco.

- No me conoces, no; no me has visto en toda tu vida.

- Sin embargo, esa voz, yo juraría haberla oído ya otra vez.

- Ilusiones.

- Oye, ¿tú has ido alguna vez á casa de las de Alcaparrón? No me lo niegues.

- No las conozco. Yo no voy á esas reuniones.

- Haces bien; allí no van más que *curtilantas* con unas ganas de novio... y ninguna tiene un real.

- ¡Ah, pillito! Pues á esa reunión he oído decir que va una joven que tú debes conocer.

- ¿Yo? ¿Quién?

- Solita Pimpín.

- ¿Soledad?.. Ah, sí, una chiquilla delgadita que parece un flautín.

- Pues tú bien la has hecho el oso.

- Ca, mujer; pues qué, ¿soy algún *panoli*? Por pasar el rato le he dicho cuatro tontunas; y como ella es tan mema y el serpentón de su mamá lo mismo, se tragarón el anzuelo y...

- ¡Indecente! ¡Mal caballero! ¡Perdido! Tome usted un recuerdo del serpentón.

- ¡Cuerno! ¡Qué pellizco! Suerte que he podido escabullirme; si no, me devora. ¡Quién había de esperar un desenlace tan conocido, tan usado y tan... cursi!

* *

- Chico, Manolo, ¡qué manzanilla más endiablada dan en esa ladronera! No sé cómo has podido envasarte tres docenas de cañas; yo he tomado la octava parte, y tengo un calor...

- ¡Je, je, tiene gracia! Pues yo como si tal cosa, *forte que forte*.

- Pero se te doblan las piernas.

- ¡Ca!.. Pero oye..., me parece que durante el descanso han aumentado las luces... ¡Ja, ja! Mira aquel tío que chistera lleva más fenomenal... Vamos á darle un achuchón. ¡Eh, tío, tíooooo!..

- Hombre, ten formalidad, que esto no es un corral.

- A ver, el de la chistera, ¡al corral, al corral!

- Si no callas te deajo.

- Oiga usted, señorita *ú* lo que sea usted, ¿quiere usted bailar conmigo?.. ¿Que no? Pues con esos ojos de besugo no sé cómo se pone usted tantos moños... Vamos, usted será alguna patrona de incógnito.

- Pero Manolo, ¿te callas ó qué? En bebiendo un poco te pones lo más pesado...

- Mira, mira, ya vuelve el tío de la chistera. ¡Eh, tío de la colmena! ¡Tío lila!

- Me parece que vamos á encontrarnos alguna bofetada superior.

- A mí y á ti no hay quien nos pegue. A ver, ¿quiere pegarnos? Tú, chica, ¿quieres pegarnos? Creo que nos ha llamado borrachos y granujas... Sin vergüenza, no insultar ¿eh?.., no insultar... á dos caballeros decentes... Usted dispense, señora doña Tecla... Como no tengo la vista clara... ¡Ay, chico, qué malo estoy! ¡Ay, qué angustia! Vamos un poco á la calle á que me dé el fresco. Me voy á morir.

- No será tanto; pero vámonos, es lo mejor. Ya nos hemos *divertido* bastante.

- Me muero..., me muero... y ¡y sin darle un apabullo al de la chistera!

* *

- ¡La Correspondencia!

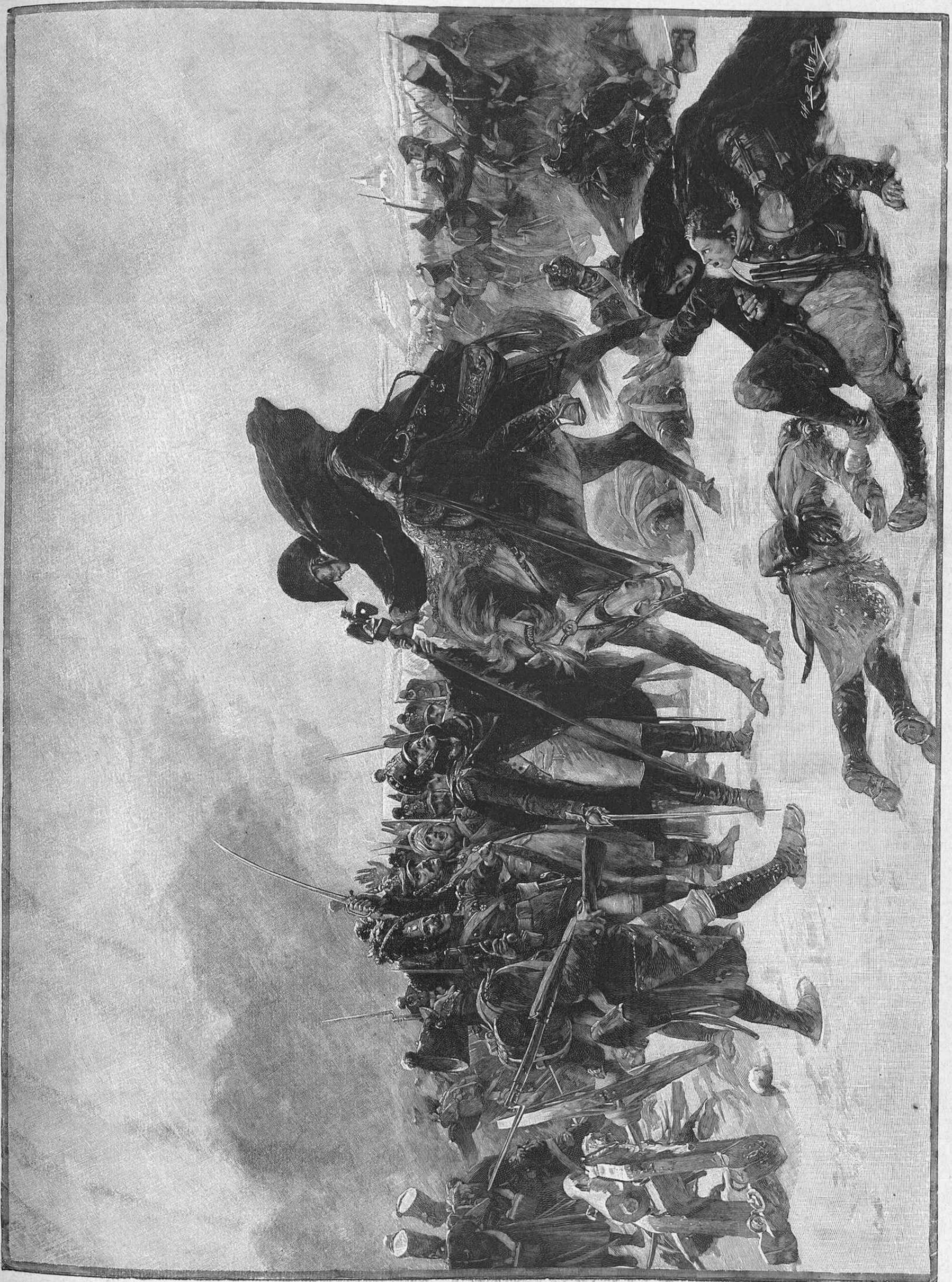
- ¡Hola, tía Petra!

- Adiós, María. Qué, ¿vas al baile?

- Pst, ¿qué ha de hacer una?.. Divertirse ahora que una es joven.

- Haces bien, chiquilla, que ya te llegará tu hora, y más pronto de lo que te figuras. Cuando yo tenía tus años bebía *sanpán* ahí dentro con los señoritos, y ahora les vendo *La Correspondencia*. ¡Cómo ha de ser! ¡Así va el mundo! ¡La Correspondencia de hoy con la cogida del *Esparterol*! ¡Correspondenciaaaa!

A. DANVILA JALDERO



EL 14.º DE LÍNEA EN EYLAU, cuadro de Leonel Royer, grabado por Baude

ENSEÑANZAS ELOCUENTES

No le demos vueltas, señores, no le demos vueltas, porque nos marearíamos infructuosamente: el público no quiere *tesis*, ni *antítesis*, ni *síntesis* en el teatro.

Una parte (no diré si la mayor ó la menor porque no lo sé) quiere sentir; acude al espectáculo en busca de la emoción estética y desea conmoverse y derramar lágrimas y admirar grandezas; otra parte lleva á las funciones teatrales el propósito de esparcir el ánimo, de alegrarse un poco y de reírse un mucho, ya que en la vida ordinaria suele haber tantos motivos para llorar.

Muchos espectadores aceptan con igual benevolencia lo uno y lo otro; el llanto y la risa, el escalofrío que produce lo trágico y el cosquilleo causado por lo cómico.

No son pocos los que van á otras cosas y con fines cualesquiera, que no caen dentro de la jurisdicción del arte.

Pero ni estos, ni aquellos, ni los otros, ni nadie va al teatro para aprender, ni para que el autor lo convenza, por ejemplo, de que el divorcio se impone ó de que es absolutamente necesaria la abolición de la pena de muerte.

Y no se arguya con el hecho de que han logrado ruidosos éxitos y triunfos envidiables algunas comedias de tesis, porque replicaré — y demostraré si es preciso — que las obras aludidas lograron la aceptación del público, no por la tesis, sino á pesar de la tesis; gustaron como trabajos artísticos porque, en ese concepto, valían mucho; agradaron, como labor literaria, porque eran bellas, no por la bondad de los principios políticos y sociales, económicos ó religiosos sustentados en ellas; principios de los cuales el público prescindió de todo en todo, si es que, por ventura, se enteró de ellos.

Alejandro Dumas, hijo, se propuso llevar al teatro la demostración de que es posible *redimir por el amor á la mujer prostituida*; Emilio Augier resolvió dar forma escénica á la demostración de la creencia contraria. El primero escribió, para realizar su propósito, un drama hermosísimo que conocemos todos y que se titula *La dama de las Camelias*; el segundo ideó y escribió, también para justificar sus opiniones, otro drama, bueno como todos los del insigne autor, y que se titula (si no recuerdo mal) *El matrimonio de Olimpia*.

El público aplaudió con entusiasmo el drama de Dumas; el público aplaudió asimismo el drama de Augier... ¿Puede significar eso que los espectadores juzgan posible la redención de la pecadora? ¿Ha de creerse, por el contrario, que consideran utópica é irrealizable esa redención? No; el público no piensa como Dumas, ni como Augier; ve el drama del uno y lo aplaude porque halla bueno el drama; ve el drama del otro y lo aplaude también porque también lo encuentra bello; de las tesis prescinde.

El mismo Dumas ha sostenido en el teatro la conveniencia del divorcio; Victoriano Sardou, en una de sus más populosas comedias, *Divorçons!*, ha querido ridiculizar esa teoría. El público aplaude á Dumas y aplaude á Sardou. ¿Es que acepta como necesario el divorcio? ¿Es, por el contrario, que lo rechaza? No; ni lo acepta ni lo rechaza... en el teatro. Allí lo acepta todo si la comedia le gusta, y lo rechaza todo si la comedia le desagradada. Cada uno de los individuos que forman la colectividad llamada público pensará como pensare sobre ese problema, y aceptará el divorcio ó lo anatematizará; pero al teatro no va para eso, y con tal que la comedia tenga mucha gracia ó con tal que el drama sea muy conmovedor, lo demás le tiene sin cuidado.

No parece mal que el dramaturgo se proponga, sobre el de realzar la belleza, algún otro fin en su obra; pero ese otro fin ha de ser lo secundario en la obra artística, por más que sea indispensable para darle vida; como es indispensable el lienzo ó la tabla para el cuadro.

Lo sucedido en los teatros de Madrid durante la temporada teatral que terminó ha poco, confirma cuanto he manifestado.

La victoria, la verdadera victoria alcanzada durante ese período ha sido la de Vital Aza y Ramos Carrión en su comedia *Zaragüeta*. Otros éxitos felices, otros legítimos triunfos han logrado Pérez Galdós, Echegaray, Gaspar, Palencia y Dicenta; pero todos esos triunfos, reales y verdaderos algunos, simulados y ficticios otros, han sido discutidos, han sido escatimados, no han tenido ni la espontaneidad ni la aquiescencia unánime que tuvo y tiene *Zaragüeta*.

¿Será que el juguete de Ramos y Aza tenga, en efecto, más mérito artístico, más importancia literaria que *La de San Quintín* ó *A la orilla del mar* ó *Huelga de hijos*? No.

El pensarlo sólo ya sería un desatino. Es sencillamente que *Zaragüeta*, como obra teatral, como trabajo escrito para la representación, está de lleno, por completo (dentro de su género, por de contado) en las condiciones que el público apetece y que es preciso darle.

Y no porque sea verdad lo que dijo Lope de Vega y tanto se ha repetido y tanto ha de repetirse todavía, de que «el vulgo es necio y es justo darle gusto. hablándole en necio, ya que lo paga,» sino porque el público, necio ó avisado, sabio ó ignorante, no asiste al teatro en busca de disertaciones ni de enseñanzas, como no acude al templo para que le canten peneñas ó le bailen seguidillas. Lo cual no quiere decir ni que sean cosa mala las seguidillas, ni tonterías las disertaciones.

Creo que el vulgo, á quien de tantas maneras se calumnia, no da señales de necedad, antes prueba su sensatez y su cordura cuando se llama á engaño si le dan cosa distinta de lo que él buscaba y de lo que le habían ofrecido, lo cual vale tanto como darle gato por liebre.

Tiene razón que le sobra hasta por encima de los cabellos la doña Irene de *El sí de las niñas*, cuando quejándose del tordo, que se ha pasado toda la noche cantando el *Santo Dios*, dice: «Ello es cierto, edificaba; pero cuando se trata de dormir...» pues calcúlese la cara que pondríamos todos si esperanda la representación de una comedia se nos presentara en el escenario un gran astrónomo á explicarnos, con suma lucidez, las leyes de Keplero. «Esto es hermoso, es grande, es de trascendencia, diríamos; pero cuando se trata de divertirse...»

El que ha menester enseñanza y la desea, ya sabe dónde ha de ir á buscarla, sin que se la den por sorpresa. Fuera de que en muchas ocasiones ocurre que hay entre los espectadores muchos que podrían dar lecciones al poeta que presumiera de maestro.

Si en *Luciano* no hubiese decidido empeño en defender una tesis, cuya exactitud no discuto ahora; si en *Nieves* no se echara de ver el tesón de quien desafiaba los peligros; si en *A orillas del mar* hubiera habido menos estudio, es seguro que el público habría acogido esas producciones con mayor complacencia y más estruendosos aplausos.

Y, sin embargo, en *Nieves*, en *Luciano* y en *A orillas del mar* hay bellezas de primer orden; bellezas que el vulgo, ese vulgo necio, á quien todos fingen despreciar, pero cuya aprobación halaga á todos, comprendió y admiró como verdadero inteligente.

¡Lástima que los autores de esas tres obras, tal vez por preocupaciones de escuela, hayan atendido, al hacerlas, más que al bordado al cañamazo!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EN ASSISI. — EL PERDÓN

Vista desde el valle, Assisi se asemeja á tantas y tantas ciudades como prueban el temor al asalto que se nutría en la Edad media. Las calles, sin las casas que las limitan, serían albarradas, abiertas en la falda del monte, y casi todas convergen á la interesantísima basílica, que perpetúa el recuerdo de un santo poeta, de un poeta que vió el cielo, antes de dejar la tierra. Tiene aquella ciudad interesantísimos recuerdos de todos los tiempos; pero casi todos se posponen al más interesante de ellos, al que debe su celebridad, al que le ha dado nombre, al de San Francisco. No se puede hablar de Assisi sin que acuda á la memoria el recuerdo del «poverello de Umbría,» hombre que no pasó de ángel; sólo cuando se nombra al santo autor del Canto al Sol, surge Assisi, la villa en que vivió y murió, el pueblo desde donde cantó la pobreza haciéndola amar.

Admirado en vida, santificado poco después de su muerte, la devoción que inspira su recuerdo no se ha entibado; parece crece cada día, que aumenta siempre. No puede darse un paso en la ciudad aquella sin hallar memoria suya, todas tan humildes, tan sentidas, tan poéticas, que abren el alma á sensaciones tiernas, dejando para mucho tiempo el recuerdo de los sueños agradables.

Nada tan importante, sin embargo, como la basílica que le fué dedicada. En una de las colinas á que da lugar lo quebrado del terreno se verificaban en remoto tiempo las ejecuciones capitales: allí eran conducidos los criminales á quienes se debía privar de la vida, que dedicada al mal los equiparaba con las fieras. En aquel sitio que causaba horror, que infundía miedo, que había recibido el nombre significativo de «Colina del infierno,» quiso el santo que lo arrojaran, como última expiación de faltas que no había cometido y que lloró hasta perder la vista; en aquel lugar que santificó su sepultura, se alzó la iglesia admirable desde tantos puntos de vista, y Gre-

gorio IX, el pontífice que lo canonizó, quiso, y así fué, que desde entonces aquel lugar se llamara «Colina del Paraíso.»

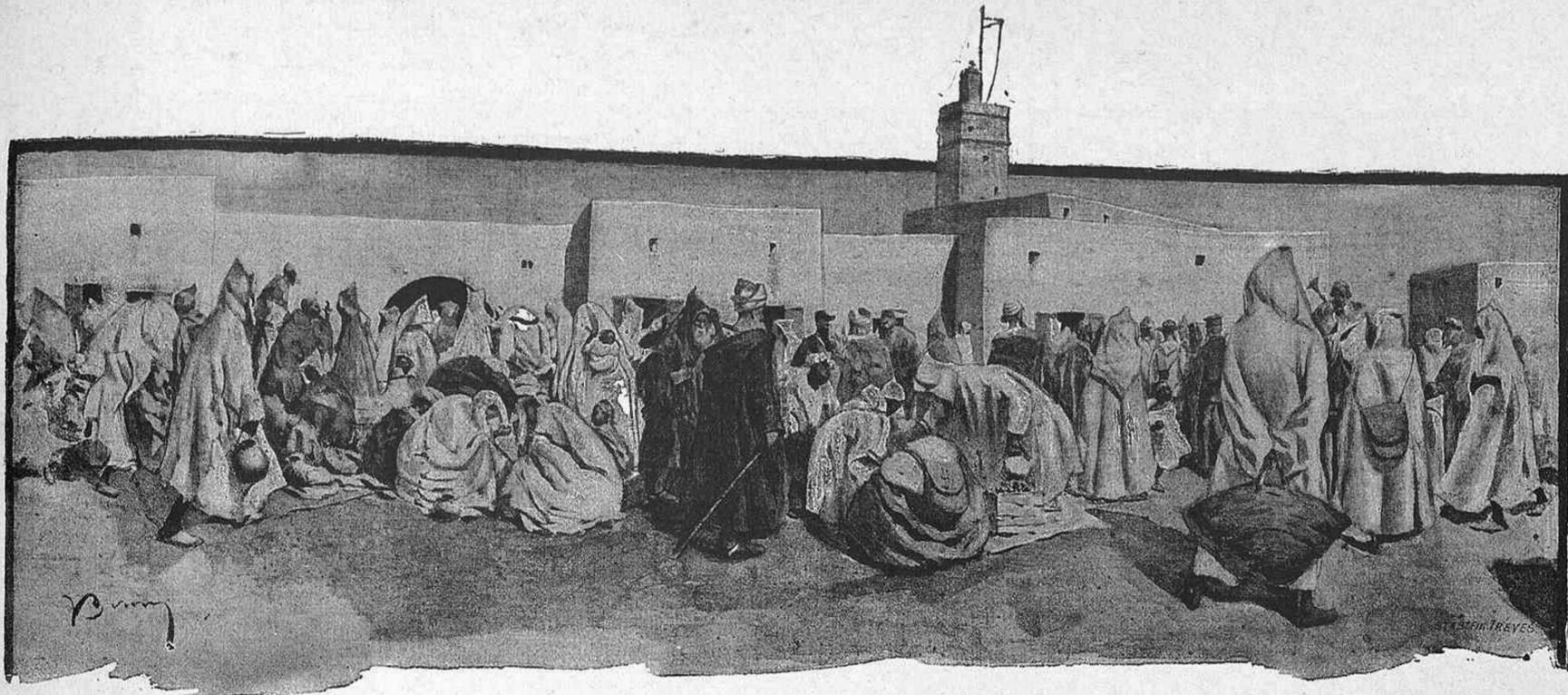
Había sido un Gólgota; de la misma manera que el montículo próximo á Jerusalén fué consagrado á la devoción de los fieles por la afrentosa muerte que sufrió allí el inmortal que vino á redimirnos, la colina de Assisi, que como aquella había sido campo de horror, cambió de nombre y aspecto cuando en ella dejó la vida quien, fiel imitador de Cristo, había seguido su doctrina, se había abrasado en su amor y con la concentración de su espíritu había sufrido como ninguno. Aquel cuerpo resecaído por el fuego del espíritu que contenía, consumido por la penitencia, lacerado por los estigmas, que acreditaban el favor del cielo, habría desaparecido completamente: el entusiasmo de los fieles era tan grande, que cada cual ambicionaba una reliquia, todos querían un recuerdo del santo, y sus compañeros de penitencia, testigos de aquella vida ejemplar, necesaria para hallar abiertas las puertas de la gloria eterna, tuvieron que abrir para sustraerlo honda sepultura en la roca viva, roca que más tarde sirvió de cimiento al templo maravilloso donde el devoto halla campo para místicas meditaciones, donde el amante del arte se pasma contemplando las bellezas que atesora.

En la Edad media, la suerte de los artistas fué igualmente triste, las preocupaciones del espíritu no dejaban vagar para admirar lo que exige calma absoluta y reposo no turbado: las literaturas han idealizado al trovador que errante á la ventura, sin más patrimonio que su genio, sin más medios que su guzla, dejaba casa y patria, viajaba sin rumbo determinado de castillo en castillo, de ciudad en ciudad, cantando proezas de guerreros y héroes de otros países, celebrando escenas de amor ú odio acaecidas en otras comarcas, vulgarizando en fin tradiciones que posteriormente han sido origen de obras imperecederas; pero es necesario no olvidar que los demás artistas debieron hacer lo mismo; conviene recordar que de Italia á otras naciones, que de éstas á Italia, fueron y vinieron pintores, escultores y arquitectos que contribuyeron al cambio de ideas, artistas que cantaron, con el color y la piedra, las tradiciones y los sueños.

Uno de aquellos arquitectos, cuya vida se ignora y no se sabe por tanto qué azares le obligaron á dejar la fría Alemania para venir á la riente Italia, el conocido en la historia del arte por *Santiago el Alemán*, maestro del Arnolfo, que dotó á Florencia del más importante monumento arquitectónico que posee, llegó á Assisi, y á él se deben los planos y la dirección de aquella iglesia monumental, en que, según cuentan, introdujo por primera vez en Italia la ojiva y aportó todo el intrincado simbolismo del Norte, acerca del que se ha escrito mucho y se sabe muy poco. En la basílica inferior, de una sola nave, sin más adornos que las nervaduras potentes de los arcos, tuvo presente las condiciones del espíritu que replegado en sí medita: apenas tiene luz; allí el alma puede considerar nuestras miserias sin que nada la divague, y como si de aquel sitio fuera necesario pasar á otro donde hallar consuelo, contrapuso la basílica superior, ligera, cuyos arcos se lanzan con sin igual atrevimiento á considerable altura, en cuyos muros se abren amplias ventanas por donde la luz se precipita en miradas de rayo, donde la oración está más cerca del cielo, donde el corazón tranquilo recibe el bálsamo consolador de todas las esperanzas. Ni la ocasión ni el lugar son á propósito para describir el monumento: ahora hablamos de él por ser meta de peregrinaciones que se renuevan cada año, sin que ninguna causa haya hecho decrecer el entusiasmo.

La indulgencia de la Porciúncula, que Jesús en una de sus apariciones concedió al santo, es de las que con más ahinco procuran ganar los fieles: no sólo de la Umbría, sino de comarcas mucho más lejanas, acuden presurosos grupos y grupos deseosos de obtener el beneficio de su penitencia: formados por individuos de todas las clases sociales, abundan más sin embargo pobres labriegos, sencillos aldeanos, que conservan la paz del espíritu, la fe religiosa vivísima, que les hace esperar una recompensa de los sufrimientos de esta vida, y que apegados á sus poéticas tradiciones, visten aún los trajes característicos y tan vistosos que llevaban sus mayores. En la época del año en que esto se verifica, todo contribuye á que la fiesta religiosa tenga mayores encantos: el paisaje aquel, nunca monótono, aparece dorado por los fuertes colores del estío: los confiados en la misericordia divina, que piden por intercesión de San Francisco, parten de la iglesia de la Porciúncula, recorren apoyados en sus cruces y precedidos del simbólico estandarte la empinada cuesta que conduce á la basílica, y penetran en ella cantando salmos y preces y se entregan fervorosamente á la oración.

Benlliure, que desde hace años pasa los veranos en



Marruecos. - Casablanca

aquella interesante ciudad, ha podido estudiar los usos y costumbres de aquellas gentes, sus prácticas religiosas y el peculiar carácter de sus devociones. Desde su estudio, que es un observatorio, ha copiado del natural la interesante escena que describimos, primera de una serie que verá la luz y constituirá ciertamente provechosa ilustración del celeberrimo santuario.

A. FERNÁNDEZ MERINO

CASABLANCA

Situada en el litoral africano que baña el Océano Atlántico, Casablanca, ó Dar-el-Beida, como la llaman los árabes, es de todas las poblaciones marroquíes la que tiene menos carácter moruno, así por los muchos edificios de europeos en ella construídos y la ausencia de algunas construcciones típicas, que en casi todas las ciudades de Marruecos se encuentran, como por el gran movimiento comercial, que contrasta con el quietismo propio de los poblados de aquel imperio.

Fundada por los portugueses en el siglo XVI en el sitio que en la Edad media ocupaba Arafa, ha logrado gran prosperidad, gracias indudablemente á su rada, que aunque bastante mal resguardada, tiene profundidad suficiente para que en ella puedan anclar los buques de mayor calado.

Casablanca se asemeja bastante á las ciudades marítimas de nuestro continente, pero es malsana y ofrece un aspecto de espantosa desolación, de triste monotonía, porque no existe ni un árbol en los ribazos y mesetas de rojizo gres que se elevan en las inmediaciones de la playa, y únicamente se ven de cuando en cuando algunos grupos de lentiscos y chumberas.

Vista desde el mar, aparece Casablanca en medio de una duna árida que hace pensar en el desierto y circundada por una muralla de color de ocre por encima de la cual asoman algunas casas y almiribares. Penétrase en ella por dos puertas, y en su interior observa desde luego el viajero el notable contraste entre la parte europea y la parte árabe: en aquella, grandes edificios, bodegas, almacenes donde reina la agitación de los grandes centros comerciales; en ésta, un laberinto de calles estrechas y sucias, casuchas de cañas y barro, revelando la inercia de una raza que llegó un día al más alto grado de civilización para caer luego en el más miserable estado de embrutecimiento.

Y sin embargo, el turista ha de encontrar más atractivos en esa pobreza é indolencia que en aquella riqueza y actividad. Recorriendo la ciudad europea no ha de experimentar esas sensaciones que por lo nuevas é inesperadas dejan indeleble recuerdo en el alma del viajero; al fin, el espectáculo que allí aparece ante sus ojos es, si no igual, análogo por lo menos al que puede ver todos los días en su propio país. En cambio, cruzando el laberinto de callejuelas de la población mora, cautiva su vista lo pintoresco de unas gentes, de unas costumbres, de una vida completamente distintas de las que está acostumbrado á ver, y al visitar el Zoco, los bazares y el barrio hebreo, halla en ellos algo y aun mucho que excita su curiosidad y halaga su fantasía.

El Zoco, ó mercado, es una larga y ancha vía á cuyos lados se alzan pequeños edificios á manera de cubos blancos: en el interior de éstos y al través de

las espesas rejas que cierran estrechos agujeros en la pared practicados, descúbrese apenas los lóbregos tenduchos en los cuales dormitan indiferentes los mercaderes, que más que esperar parecen temer á los compradores que han de turbar su tranquilidad; en la calle, largas filas de vendedores de ambos sexos sentados junto á sus mercancías, y á su alrededor un continuo ir y venir automático de gentes graves, envueltas en holgadas chilabas, blancas, grises ó parduscas, cubiertas las cabezas con rígidas capuchas, turbantes ó casquetes encarnados, apoyándose en bastones largos como bordones de peregrinos y llevando en la mano grandes capazos tejidos con hojas de palmera, y cruzando por entre la multitud, que arrastra sin producir casi rumor alguno sus amarillas babuchas, un sin fin de jumentos de poca alzada y menos carnes y de camellos cuyos largos cuellos se agitan sin cesar sobre aquella masa silenciosa.

En los bazares por donde circulan de continuo centenares de curiosos que se empujan formando inmensas filas, amontónanse los vistosos tapices de Rabat, telas de variados colores, armas preciosas con incrustaciones de oro y plata, jarrones y ánforas en donde los mercaderes de Fez encierran la esencia de rosa que fabrican en la problemática calma de sus harenes, y otros infinitos productos de la industria marroquí, que de todas las regiones del imperio acuden á aquel mercado.

Agréguense á estas curiosidades las que encierra el barrio hebreo con sus hermosas mujeres de rostros pálidos y soñolientos, animados por fascinadores ojos negros y brillantes mal velados por largas y aterciopeladas pestañas; públense las calles con santones, juglares, domadores de serpientes, narradores de cuentos y otros cien personajes ó tipos característicos de las ciudades orientales; ilumínese este cuadro por el radiante sol africano y désele por cielo esa azulada bóveda de limpidez y transparencia imponderables, y dígame si ante ese espectáculo no ha de ol-

vidar el viajero todas las miserias que en el fondo de tanta poesía se ocultan, y desdeñar, desde el punto de vista estético, las grandezas prosaicas de la ciudad comercial que al lado de la otra se desarrolla y prospera.

En Casablanca, que con razón ha sido llamada el granero de Marruecos, entran ordinariamente en los días de mercado de mil á mil quinientos camellos, lo cual se explica porque por su puerto expide todos sus productos la fértil cuenca del alto Um-er-Rbia, y sus aduanas recaudan por exportación y aun por importación casi el doble que las de Tánger.

Gran partido hubiera podido sacar España de aquella población, en donde reina gran actividad mercantil; pero por razones de una incuria dolorosa que no hemos de examinar, somos los españoles los extranjeros que de menos ventajas disfrutamos en Casablanca. Sólo en alguna ocasión han dado nuestros gobiernos muestras de energía, como sucedió en 1889 cuando el asesinato del Sr. Jordán, y los resultados que tal actitud dió en aquel entonces prueban que con poco esfuerzo se lograría, no sólo en Casablanca, sino en todo el imperio, conquistar para España la influencia que de derecho y por su historia le corresponde. - Z.

NUESTROS GRABADOS

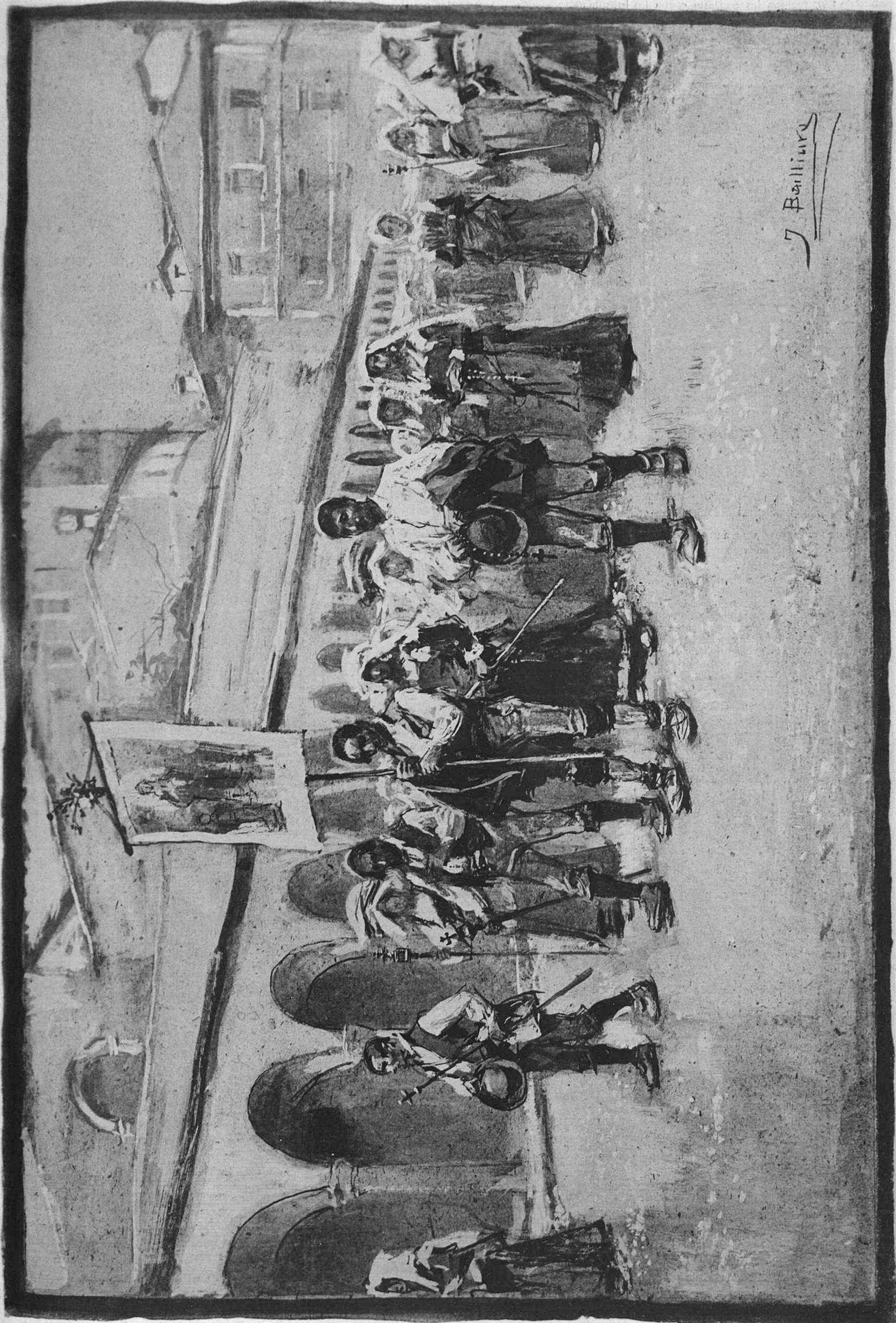
Primeros fríos, grupo escultórico de Miguel Blay (Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1892). - Saturado el espíritu de este joven cuanto notable escultor de los conceptos modernistas, ha logrado modelar una obra que excitó la admiración de cuantos la vieron en la Exposición de Madrid de 1892. La obra de Miguel Blay es una revelación de su valía, una muestra de su aliento y una demostración de sus excepcionales aptitudes. El grupo que titula *Primeros fríos* es trasunto fidelísimo del natural, modelado con soltura y grandiosidad y tan ajustado á las leyes del gran arte, que aun siendo obra de un escultor joven, ha de estimarse como prueba de maestría.



Marruecos. - Casablanca



IDILIO, grupo escultórico de Mariano Benlliure, destinado á la Exposición de Berlín



J. Benlliure

EN ASSISI. - EL PERDON, dibujo de José Benlliure (Véase el artículo de la página 262)

El 14.º de línea en Eylau, cuadro de Leonel Royer. - Refiriendo un episodio de la batalla de Eylau que en 7 y 8 de febrero de 1807 ganaron los franceses contra los rusos y prusianos, dice en sus memorias el general Marbot: «No veo remedio alguno de salvar al regimiento, dijo el jefe del batallón; volved adonde está el emperador, y al darle el último adiós del 14.º de línea, que ha cumplido fielmente sus órdenes, llevadle el águila que ya no podemos defender: sería



GENTILHOMBRE DE LA ÉPOCA DE LUIS XIII
cuadro de Meissonier

demasiado triste, al morir, verla caer en manos del enemigo...» Y diciendo esto el comandante entregó su águila, á la cual aquellos soldados, restos gloriosos de aquel intrépido regimiento, saludaron por última vez al grito de «¡Viva el emperador!» Interpretando fielmente la dramática escena y los sentimientos de aquel ejército napoleónico que venciera en cien batallas, ha trazado Royer la hermosa pintura que reproducimos, y en la cual la grandiosidad de la composición compite con una ejecución perfecta y sobre todo sería en su conjunto y en sus menores detalles.

Idilio, grupo escultórico de Mariano Benlliure. - Son tantas las veces que nos hemos ocupado de nuestro ilustre compatriota que, agotado cuanto decir pudiéramos acerca de sus excepcionales talentos y de su actividad asombrosa, preferimos omitir todo nuevo elogio, que resultaría forzosamente repetición de los que tan justa como entusiastamente hemos consignado en otras ocasiones, y limitarnos á enviar el más cariñoso y sincero aplauso á nuestro querido colaborador por esa nueva joya valiosísima que viene á aumentar la larga serie de obras maestras por él reproducidas. El *Idilio*, esa escultura que merece citarse como modelo de elegancia y de corrección de líneas y cuya silueta es de lo más bello que puede producir la plástica, está destinada á la próxima Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín, en donde no dudamos ha de alcanzar alta y merecida recompensa.

Gentilhombre de la época de Luis XIII, cuadro de Meissonier. - Como todas las del gran artista francés, distingue esta pintura por la delicadeza y corrección de líneas y tonos, por la minuciosa exactitud de los detalles, por la naturalidad de la expresión; en suma, por todas esas cualidades incomparables que en tan alto grado poseía el autor de *La retirada de Rusia* y *¡Viva el emperador!*

Monumento erigido á Cook, obra de Tomás Woolner. - Entre sus más geniales artistas colocan con razón los ingleses al escultor Woolner, fallecido en octubre del pasado año. Una de sus obras más celebradas es la que reproducimos, y que ejecutó por encargo del gobierno de Sydney (Australia), la estatua colosal del capitán Cook, que se admira en el parque de aquella ciudad. La figura del gran navegante inglés álzase sobre elevado pedestal, teniendo en una mano un antejo y la otra en ademán profético, cual si adivinase el porvenir de aquel territorio en buena parte por él descubierto; su actitud digna y enérgica, su expresión y la sobriedad con que está ejecutada causan admiración en cuantos la contemplan y justifican la fama que conquistaron á su autor ésta y otras obras, entre las cuales merecen citarse especialmente el busto de Tennyson y la estatua de lady Godiva.

Llamador de bronce de H. E. y L. Fontaine. - Hace poco celebró en Londres una exposición de objetos de arte decorativo francés: en ella figuraba el llamador que reproducimos, vigorosamente modelado y que recuerda otros de la época del Renacimiento que se admiran en Venecia y en otras ciudades italianas, en donde florecieron Gianbologna y otros no menos ilustres artistas.

Batería de montaña, dibujo de R. Navarro. - Varias veces hemos tenido la singular complacencia de publicar copias de varios dibujos y cuadros del Sr. Navarro. Esta circunstancia nos dispensa hoy de consignar nuevas noticias respecto de este distinguido oficial de nuestro ejército y distinguido artista. Limitámonos á manifestar que su nombre figura entre el de aquellos que en nuestra patria cultivan con acierto é inteligencia la pintura militar, y que el dibujo que reproducimos, aparte de ser recomendable por su corrección y elegancia de trazos, es trasunto fiel del natural.

En el ocaso, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón París). - Un atildado y machucho galán, requiriendo de amores á una bella y elegante dama, ha tratado de representar en el lienzo el discreto pintor Sr. Sans Castaño, creando una acerba censura para esos tipos que olvidan el respeto que deben á sus canas y para quienes transcurren en vano los años, cual si el ocaso de su vida fuera la continuación de sus juveniles desvaríos.

Fácil es, dada la índole del asunto, caer en el amaneramiento por la exageración de los rasgos del vetusto pisaverde; mas el Sr. Sans Castaño ha sabido evitar el escollo con gran tino, teniendo en cuenta una vez más que media sólo un paso de lo serio á lo ridículo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - PARÍS. - El pintor Caillebote ha dejado en testamento al Luxemburgo una colección de 60 cuadros de maestros de la escuela impresionista hasta ahora no representados en aquel museo: entre estas obras hay ocho pinturas de Claudio Monet, seis de Degas y varias de Pissarro, Cisle, Renoir, etc., y dos dibujos de Millet.

DUSSELDORF. - Se han inaugurado simultáneamente la exposición de la Asociación Artística en la Galería de Artes, y la de la Unión Libre en el Salón Schulte. En la primera figuran 60 maestros de los más conocidos de aquella ciudad, con 96 obras, entre las que predominan los paisajes; la segunda es más variada, y á ella han concurrido con 100 obras 55 artistas, entre los cuales sobresale Spatz, cuyos cuadros religiosos revelan una gran personalidad artística.

NUREMBERGA. - Al municipio de esa ciudad le han sido regalados 60 dibujos y acuarelas y un gran cuadro del pintor nurembergués Adan Klein, que hasta ahora eran de propiedad particular.

ROMA. - El gran pintor Siemiradski ha terminado un telón destinado al teatro de Cracovia, que es una hermosa composición alegórica con multitud de figuras: alrededor del genio alado del Entusiasmo, colocado sobre un suntuoso motivo arquitectónico sobre el que destacan la Verdad y la Belleza, se agrupan la Tragedia y la Comedia, seguidas de multitud de figuras que representan sus creaciones. El telón tiene 11'60 metros de ancho por 9 de alto.

VIENA. - Se ha inaugurado la Exposición Internacional organizada por la *Kunstlerhaus* (Casa de Artistas) para solemnizar el 25.º aniversario de su fundación. Aunque no completa todavía en todas sus secciones, ofreció desde el primer momento un conjunto de obras notable por su número y por su valía. Comprende unas 2.500 obras, entre ellas muchos trabajos de los primeros maestros de todas las escuelas: de los países extranjeros, los más brillantemente representados son Inglaterra y Francia.

DRESDE. - La división que hace tiempo existía latente entre los artistas se ha puesto al fin de manifiesto con la creación de una Asociación de Artistas plásticos constituida en su mayoría por jóvenes de gran talento y de notable significación en el arte y presidida por Bantzer.

- En el Salón de Ernesto Arnold se ha celebrado una exposición de obras del ilustre pintor Menzel, en la cual, además de cuadros al óleo, *guaches*, acuarelas y dibujos, ha figurado una numerosa colección de croquis que hasta el presente no habían sido expuestos al público. Completan la exposición algunos raros grabados originales y dibujos á la pluma sobre piedra y multitud de reproducciones de varias obras de Menzel.



MONUMENTO ERIGIDO AL CAPITÁN COOK EN SYDNEY,
obra de Tomás Woolner

BERLÍN. - La Galería de Pinturas ha hecho una nueva é importante adquisición, cual es la de un retrato obra de Lucas Signorelli, por el cual ha pagado 65.000 pesetas. Es un busto pintado en madera de álamo que se destaca sobre un fondo claro que representa un paisaje con algunos fragmentos arquitectónicos y varias figuritas.

- En el Salón Schulte la Asociación de los Once ha celebrado su tercera exposición, de gran interés, así para los partidarios como para los adversarios de las modernas tendencias en ella representadas. De las obras expuestas la más notable es una *Crucifixión* de Max Klinger, distinta por su composición y en sus detalles de todo lo que en cuadros análogos se acostumbra á ver, pero que desde el punto de vista artístico recuerda á los antiguos maestros y contiene innumerables bellezas de dibujo y de colorido. L. Hofmann, el más idealista de los Once, ha presentado una colección de cuadros de mucha valía, todos inspirados en el más puro idealismo, entre los cuales sobresalen dos de grandes dimensiones, *La primavera* y *Adán y Eva* después de haber sido arrojados del Paraíso: ha expuesto, además, una porción de dibujos y proyectos decorativos. Las otras obras son debidas á Liebermann, Skarbina, Leistikow, H. Herrmann, Federico Stahl, G. Mosson, J. Alberts, H. Voyel y Schnars-Alquist.

BARCELONA. - Salón París. - Ricardo Martí ha ocupado últimamente el sitio de preferencia con variadas obras de la especialidad en que descuella: las flores y las aves. Un biombo decorado con alegorías de las cuatro estaciones, varios temas gallardamente resueltos en telas de regulares dimensiones y unos cojines de raso, enriquecidos artísticamente con esa pintura, mitad real, mitad decorativa, que caracteriza á ese pintor en esos asuntos.

Salón de «La Vanguardia.» - Completamente cubiertos aparecieron esos últimos días los tableros de exposición en ese local con dibujos de nuestro director artístico Sr. Pellicer; co-



LLAMADOR DE BRONCE, de H. E. y L. Fontaine

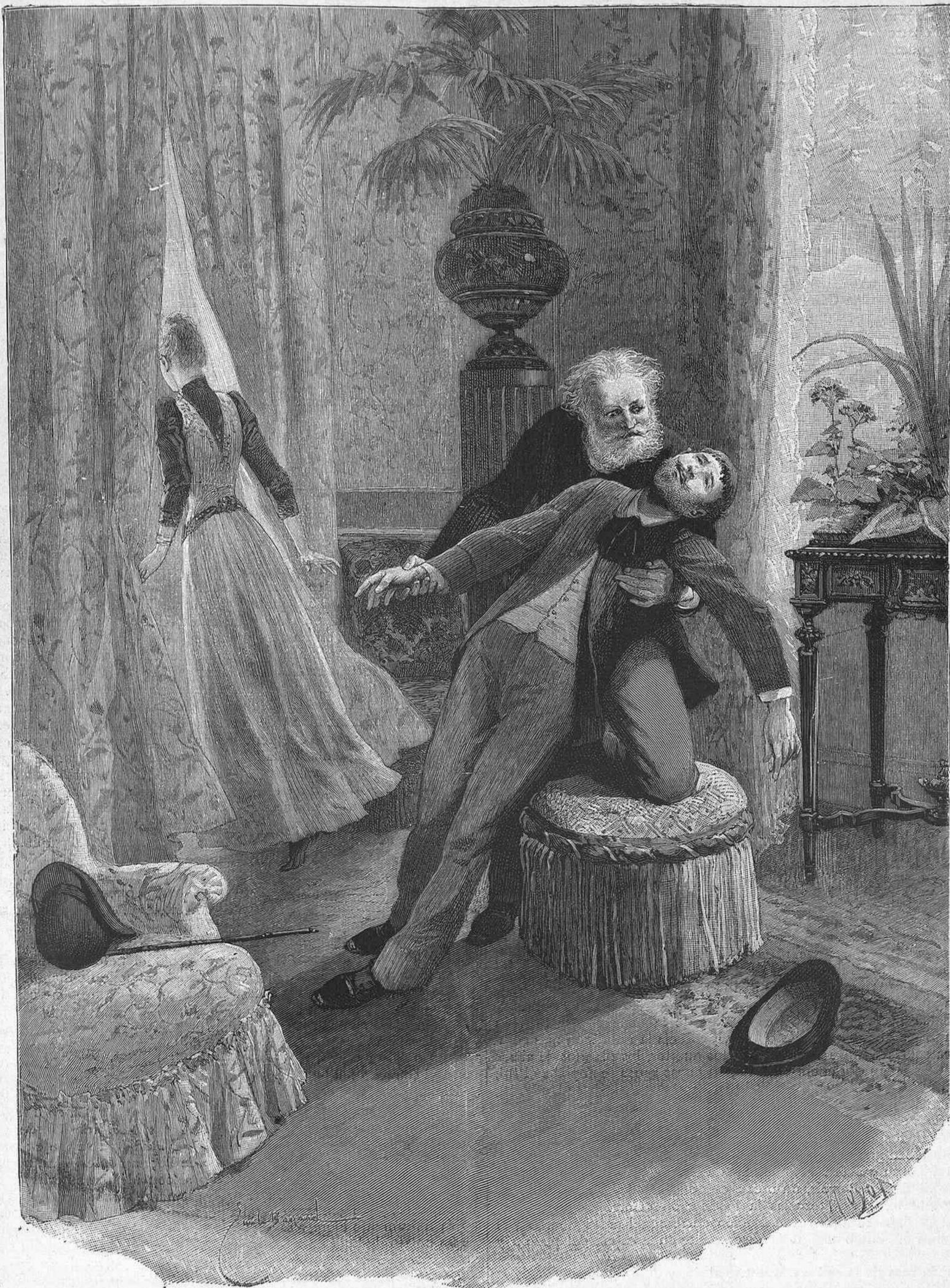
lección variada é interesante en que hay de todo un poco, croquis, apuntes, estudios é impresiones, junto á dibujos á la pluma y á la aguada, que reproducidos, han servido para la ilustración de diferentes libros y revistas y han cautivado la atención del público.

Teatros. - En la Scala de Milán se ha estrenado con bastante éxito la ópera del maestro Franchetti *Fior d'Alpe*, que revela más talento instrumental que inspiración, y en la cual algunas piezas impregnadas de poesía y de sentimiento contrastan con otras sobradamente vagas y aun con varias reminiscencias de conocidos maestros.

París. - En la Ópera se ha estrenado *Thais*, comedia lírica en tres actos y siete cuadros, poema de Luis Gallet, tomado de la novela de Anatolio France y música de Massenet. El asunto del libro es la tradición de la cortesana egipcia convertida por Paphnucio, aunque en ella resulta muy alterada la versión primitiva de la vida de los santos padres del desierto. La partitura es un conjunto de tonos delicados y melodías dulces sin ninguno de los grandes efectos que en las óperas tanto cautivan. Por esta razón el público ha acogido con gran reserva la última obra del gran compositor francés. Se han estrenado además con buen éxito en el Porte-Saint-Martin, *Monte-Cristo*, drama en cinco actos y quince cuadros, de Emilio Blavet, quien ha condensado en uno solo los cuatro dramas que Dumas y Maquet escribieron sobre la popular é interesante novela de aquel título; en el teatro de L' Oeuvre, el último drama de Ibsen, *Solness le constructeur*, y en el Gymnase, una graciosa comedia en cuatro actos, de Boucheron y Ordonneau, *Le Pelerinage*.

Londres. - En Haymarket se ha estrenado con gran aplauso la versión inglesa de la tan celebrada obra alemana de Fulda *El Talismán*, con el título de *Once upon a time*, y en el Criterion *An aristocratic Alliance*, arreglo del drama francés de Angier y Sandeau *Le gendre de M. Poirier*, hecho por Ladi Violet Greville, que más que traducción es una adaptación con algunas escenas y personajes nuevos. Durante la gran temporada de ópera, próxima á inaugurarse en Covent Garden, se cantarán *Falstaff*, de Verdi; *Manón Lescaut*, de Puccini; *Siguna*, de Cowen; *Safo*, de Gounod; *L' Attaque du Moulin*, de Bruneau; *La Navarraise*, de Massenet; *La Damnation du Faust*, de Berlioz, y *Werther*, de Massenet.

Barcelona. - Se han estrenado con buen éxito: en Romea, *Lo cor y l'ánima*, drama en tres actos y en verso, de D. Francisco J. Godó; en el Tivoli, *El Angel Guardián*, preciosa zarzuela en tres actos del género de las antiguas, letra del señor Pina y Domínguez, y música de los maestros Nieto y Brull, y en el teatro de la Granvía, *La Homicida*, interesante drama arreglado del francés por el Sr. Lagua.



...y por fin cayó con un síncope en brazos de su maestro

HECHIZO PELIGROSO

NOVELA DE ANDRÉS THEURIET, TRADUCIDA POR CARLOS FRONTEIRA. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Sr. Lechantre, dijo Santiago, apretando el brazo de su maestro, júreme usted que no intenta indisponerme con la baronesa. ¿Está usted seguro de que va en esa expedición?

— Si dudas de lo que te digo, tienes un medio bien sencillo de convencerte. Ve á su casa y pregúntaselo.

— Ahora mismo.

— ¡Un instante!.. Es muy temprano y no te recibirá. Ven á almorzar conmigo

mientras llega la hora de poder presentarte en su casa. Yo le debo una visita de despedida, te acompañaré y sabremos á qué atenernos.

Santiago se dejó llevar como un niño. La cólera y el abatimiento se sucedían en su pobre organismo, y asistió sin probar bocado al almuerzo de su maestro. Cuando fué hora de ir á casa de Mania, Lechantre le hizo subir en un coche, temiendo que la excitación en que le veía le produjera un accidente.

— Vamos, murmuraba el excelente amigo, sé hombre y ten serenidad... Haz

comprender á esa gran señora que no se juega impunemente con un artista de tu talento. Dile cuatro frescas y despídela bravamente... Yo me presentaré solo, y como de mí no desconfía me recibirá. Una vez la puerta abierta, te hago una seña y entras.

Lechantre subió solo, en efecto, la escalinata, mientras Santiago se quedó atrás entre unos árboles. El criado llevó la tarjeta de aquél á la baronesa, y como el viejo había previsto, dió orden de recibirle; pero cuando el criado volvió y encontró al otro con Lechantre, comprendió que había cometido una torpeza. Sin embargo, no creyéndose con derecho á impedir el paso á un amigo de la señora, introdujo flemáticamente á los artistas en el salón donde Mania estaba sola.

Al ver á Santiago, que avanzaba con los ojos encendidos y el rostro furibundo, Mania adivinó que ya sabía su proyecto de viaje y resolvió esperar serenamente el primer choque.

— ¿Es verdad que parte usted mañana con el príncipe Gregoriew?, preguntó súbitamente Santiago mirándola fijamente.

— Primeramente, contestó sin turbarse, no parto con el príncipe; este caballero nos cede su yate hasta Génova y nos acompaña al lago de Como, lo que es muy diferente... Es una excursión que hace tiempo estaba proyectada por la baronesa Pepper, el doctor Jacobsen y otros amigos...

— ¿Y cómo yo no he sabido nada?

— Yo no lo sé cómo, replicó, encogiéndose de hombros: la expedición ha sido organizada por esas personas y otras, y yo no he intervenido absolutamente en las invitaciones... Por lo demás, todavía es tiempo de reparar el olvido, y si usted quiere, yo misma hablaré á esos señores...

— Sabe usted perfectamente que ahora no aceptaría semejante invitación.

— Eso... como usted quiera, querido maestro; no trato de violentar la voluntad de usted ni de modificar mi resolución... Yo voy en la expedición, que será muy agradable.

— Mania, exclamó suplicando primero, y luego con acento imperioso, no irá usted... Espero que no irá usted...

— ¿Y quién lo va á impedir?, preguntó soberbia.

— ¡Yo! Yo, que te amo, que todo lo he sacrificado por ti, y tengo el derecho de exigirte el sacrificio de ese capricho...

— Suplico á usted que no se exalte, interrumpió la baronesa fríamente, pues esta conversación amistosa podría convertirse en una escena de muy mal gusto. No recibo órdenes de nadie, y á nadie tengo que dar cuenta de mis actos.

Y dirigiéndose á Lechantre, añadió sarcásticamente:

— Suplico á usted que recuerde á su amigo que se halla en casa ajena y en presencia de una señora, ó tendrá el sentimiento de retirarme.

Peró Santiago ya no oía nada. La cólera le cegaba, su temperamento de aldeano le hacía perder todo respeto, y dirigiéndose amenazador á la baronesa y asiéndola del brazo brutalmente, gritó:

— ¡Mania!, ¡no me abandonarás, no!.. ¡no partirás!.. ¿Olvidas que te amo, que eres mi querida y que... y que...

No pudo continuar. Su rostro lívido presentaba una trágica expresión de angustia; faltábale el aliento, no podía articular palabra... y por fin cayó con un síncope en brazos de su maestro.

XVII

La casa de la señora Moret, en Rocatallada, era una de las últimas del pueblo, la más próxima al puente que une las dos vertientes de la garganta estrecha donde el Anjou se abre paso entre dos paredes de roca. Las ventanas de la fachada posterior caen sobre la terraza de un jardín abierto al pie de la roca y suspendido como un balcón sobre el río. Desde allí se ve, en la vertiente opuesta, el antiguo castillo, masa gris flanqueada de una torrecilla, y más allá, siguiendo las sinuosidades de la corriente del Anjou, la mirada se fija en un grupo de árboles, entre los que surgen los techos de pizarra y los palomares del Priorato.

Era el mes de agosto; en la claridad espléndida de la mañana, aquel rincón del valle, cercado por todas partes de bosque, producía la impresión más completa de pacífica soledad. Entre los árboles de los huertos, los plantíos de alisos húmedos que se cruzaban por encima del río, en cuyas aguas se copiaba el sol; en la inmovilidad de los bosques que cerraban el horizonte, estábanse bien lejos del estruendo de las grandes ciudades, á cien leguas de las agitaciones de la vida mundana. Los escasos rumores que percibía el oído, los martillazos del albéitar, el ruido de los batanes, el arrullo de los pichones y el cacareo de los gallineros armonizaban grandemente con la soledad del fresco paisaje, y no turbaban absolutamente su quietud. Solamente, á la entrada del puente, en dirección del camino de Arc-en-Barrois, un break, con dos caballos adornados de cascabeles, que tenía en las portezuelas la inscripción «Correspondencia del camino de hierro» daba idea de comunicación entre aquel país ignorado y el mundo civilizado, y era como una nota discordante en la calma del pueblo y del bosque.

La puerta de la casa de la señora Moret se abrió, y dejó ver la silueta de la anciana siguiendo hasta el centro de la calle á Francisco Lechantre y al doctor Langlois. El médico, grueso y bajo, con su sombrero gris y el gabán al brazo, estrechó la mano de la madre de Santiago, murmurando algunas recomendaciones, y la anciana volvió á la casa mientras los dos hombres se dirigían al break, que llamaba poderosamente la atención de unos cuantos chicuelos curiosos.

— Sepamos, doctor, ¿qué piensa usted de mi discípulo?, le preguntó Lechantre.

El médico hizo un gesto poco tranquilizador.

— Está muy grave, respondió, y he querido que me acompañe usted para hacerle varias preguntas que no podía formular en presencia de su madre, porque se habría alarmado mucho la pobre mujer... Al volver á París encontré la lacónica tarjeta de usted, luego recibí el telegrama, y he venido de prisa y corriendo; pero ignoro lo que ha pasado en Niza y necesito que me informe usted un poco acerca del principio de la enfermedad. En vez de descansar allí, supongo que Santiago ha llevado una vida desordenada... Muchas vigiliias, emociones violentas, y mucho trato con mujeres, ¿verdad?..

— Precisamente. Existe una satánica criatura que le ha hecho romper con su mujer, y de la que está absurdamente enamorado... ¡Ah! Esa es la que acaba con él.

Rápidamente Lechantre contó al médico la separación de los esposos, la

vuelta de Teresa al Priorato, la locura de Santiago y sus borrascosos amores con la baronesa, que luego le había ultrajado y despreciado.

— ¿Y hace ya tiempo que estaba malo?..

— Sí, pero él lo negaba y yo no habría sabido nada si después de una violenta escena con su querida, en mi presencia, no le hubiera acometido un síncope. Me le llevé á su casa, llamé á un médico que hizo lo que pudo, y aconsejó un inmediato cambio de clima. En cuanto pudo ponerse en camino le traje á París, donde creía encontrar á usted; pero usted había ido á no sé qué congreso científico... Mejoró un poco; pero luego volvieron las crisis y los accesos, y por consejo de un colega de usted, hemos venido á Rocatallada. Esperábamos que el aire de su pueblo natal le aliviaría... Pero... nada. Desde que estamos aquí, ha sufrido dos accesos, y cuando le dan crea usted que causa compasión verle.

— ¡Ya lo creo!.. ¿Se pone lívido?.. Su rostro expresará el terror, parece que se ahoga... y cae en el síncope... ¿no es eso?

— Exactamente, y cada nueva crisis es más violenta, más dolorosa; se queja mucho de fuertes dolores en el cuello y en el brazo derecho.

— Y sucederá también que el desorden llega á los nervios gástricos, y entonces habrá náuseas, vómitos...

— Pero, en fin, ¿qué funesta enfermedad es esa?.. exclamó Lechantre cruzándose de brazos ante el médico.

Este se encogió de hombros, levantó los ojos al cielo y contestó lentamente:

— Amigo mío, el estado general es malísimo y hay complicaciones terribles... Primero había tratado al enfermo como atacado de una hiperkinesia cardíaca...

— ¡Hiperkinesia!.., interrumpió el pintor, eso es griego para mí. ¿Qué enfermedad es esa?..

— Es, contestó Langlois, sonriendo, la enfermedad de las personas que han abusado del trabajo intelectual ó de los placeres del amor, y algunas veces de uno y otros.

— ¿Y es muy grave?

— Algunas veces; pero se cura, si se observa una vida regular con abstención de todo exceso... Pero Santiago ha hecho, me parece, precisamente todo lo contrario, y ahora temo otra afección más profunda y más peligrosa. Los síntomas que observo son todos los de una angina de pecho.

— ¡Dios mío!, suspiró el pintor; ¿y esa puede curarse también, doctor?..

— ¡Oh! Los casos de curación de esa enfermedad son rarísimos, y no debo ocultar á usted que en un acceso puede sobrevenir la muerte repentina.

— ¡Oh! Eso es imposible, usted no puede dejar que se muera como un hombre vulgar un gran artista como Santiago Moret. Ciertamente, habrá algún remedio, y usted, que es una lumbrera de la ciencia, debe conocerlo.

— Querido Lechantre, los médicos no tenemos la facultad de hacer milagros...

He prescrito un tratamiento de morfina y de acónito, que algunas veces produce buen resultado; y como el enfermo es joven, puede haber alguna esperanza de que alejemos el desenlace fatal... Pero será preciso observar una higiene severa, un reposo absoluto, cuidados de persona inteligente y cariñosa y fuerte... Por lo que he podido observar en la casa, no se puede contar con su hermana, y la madre es demasiado anciana para exigir de ella que no se rinda á la fatiga... Solamente una persona sería capaz de intentar el milagro que me pide usted: la esposa del enfermo... Me ha dicho usted que está cerca de aquí...

— Iré á verla en separándome de usted.

— ¿Cree usted que consentirá en volver al lado de su marido?..

— Lo espero. Santiago la ha ofendido gravemente, pero ella tiene un gran corazón, y confío en que olvidará sus agravios... Si el enfermo puede salvarse, ella le salvará.

Habían llegado al break, en el que montó el doctor Langlois.

— ¡Adiós!, dijo mirando el reloj; tengo sólo el tiempo preciso para llegar á tomar el tren en Latrecey... No olvide usted lo que le he dicho. Ante todo conviene evitar que vuelvan los accesos... Si ocurre algo, me pone usted un telegrama y volveré... Serenidad, amigo Lechantre.

Los caballos salieron al trote, y con un sonoro ruido de campanillas y cascabeles, tomaron el camino de Arc. Cuando le vió perderse en medio del polvo luminoso del camino, Lechantre lanzó un suspiro, y atravesando el puente, bajó hacia el estrecho sendero, que á la orilla del Anjou conducía al Priorato.

El maestro pisaba el suelo húmedo de aquella senda llena de hierbas aromáticas en que la menta exhalaba su olor picante, y pensaba en Teresa. ¿En qué disposición iba á encontrarla y qué la diría para decidirla? Desde que Santiago volvió á Rocatallada, ni una sola vez había aludido á su mujer; cuando la angustia que le mataba le dejaba un poco de libertad de espíritu, no hablaba más que de Niza y de pintura. Lechantre no se consideraba autorizado á hacer proposiciones de reconciliación, que probablemente serían rechazadas por la esposa ofendida, y sin embargo, estaba persuadido de que la presencia de Teresa podía únicamente ejercer una influencia saludable sobre el enfermo. Después de un cuarto de hora de camino llegó al Priorato, y su excelente corazón latió vivamente al entrar en el patio de la quinta.

La puerta de la sala baja estaba abierta, y el maestro entró resueltamente. Al ruido de sus pasos levantóse en la penumbra una forma que aquél vió vagamente, pero al momento reconoció á Teresa.

Vestía un traje oscuro y estaba sencillamente peinada. Su palidez mate era extremada, y extremada también la tristeza de sus hermosos ojos enrojecidos. Se estremeció al reconocer á Lechantre, y le tendió la mano.

— Buenos días, Teresa, dijo el pintor conmovido. Mucho gusto tengo en ver á usted.

— Y yo también en verle otra vez en esta casa, que siempre es suya, respondió con forzada calma. ¿Hace mucho que está usted por aquí?

— Cinco días nada más... Y tomando asiento, añadió resueltamente: Y no he venido solo; Santiago está en su casa.

Apenas había articulado estas palabras, Teresa le interrumpió con una mirada enérgica.

— Sr. Lechantre, la persona que me ha nombrado usted es completamente extraña para mí: he prohibido que en esta casa se pronuncie su nombre, y he cortado relaciones con todos los que me le podrían recordar. No quiero saber nada para poder olvidar mejor... Sí, sí, olvidar es lo que quiero..., y espero que usted no insista. Hablemos, pues, de otra cosa, Sr. Lechantre.

— Insistiré, sin embargo, repuso valientemente el maestro, aunque usted me eche de su casa. Sé mejor que nadie, Teresa, lo que usted ha sufrido y las razo-

nes que tiene para ser severa; pero hay circunstancias en que los más duros corazones se mueven á piedad.

— ¿Qué circunstancias?, preguntó visiblemente interesada.

— Cuando el culpable ha pagado tan cara su culpa, que tiene derecho á la compasión de los mismos á quienes ha ofendido.

Pensó que la insinuación del maestro se refería á una traición de la mujer que había sido su rival, y contestó agriamente:

— Si ha recibido el castigo, no tiene más que lo que merece.

— Es usted muy cruel, Teresa, repuso Lechantre animándose... Si sólo se tratara de un sufrimiento moral, diría: «Tiene razón la esposa honrada; conviene que Santiago expie su culpa.» Pero es el cuerpo el enfermo, y su enfermedad es más implacable que usted.

Teresa hacía esfuerzos para aparecer impasible, pero movía sus labios un involuntario temblor que no dejó de llamar la atención del pintor.

— Le he traído, prosiguió, en un estado casi desesperado... Está débil como un niño, escuálido, desconocido. Langlois, que le ha visto hoy, dice que padece una angina de pecho, y que solamente cuidados asiduos, inteligentes, pueden acaso impedir que la enfermedad sea inmediatamente mortal... Se trata de salvarle, y sólo usted puede hacer ese milagro. ¡Vive el cielo! Es preciso que no se muera como un imbécil el artista cuyo genio puede dar días de gloria á la Francia.

Teresa aparecía impenetrable, pero se advertía que luchaba consigo misma; sus ojos se humedecían evidentemente.

— Perdóneme usted, amigo mío... En este momento no puedo contestar á usted... Temo que lo que usted me pide sea superior á mis fuerzas... Tengo necesidad de estar sola y pensar lo que debo hacer... Perdóneme usted.

Salió precipitadamente y corrió á encerrarse en su cuarto.

El pintor salió de la casa. No tenía seguridad del éxito de su gestión, y sin embargo llevaba alguna esperanza. «¡Oh!, pensaba, conozco á Teresa, y me parece imposible que no se deje llevar de su buen corazón... Vendrá, vendrá.»

Volvió más tranquilo á casa de su discípulo, y encontró á la madre muy atareada en la cocina. La pobre mujer, impresionada todavía por la visita del médico, consultaba trabajosamente un libro.

— ¡Ah, Sr. Lechantre!, exclamó levantando la cabeza, esperaba á usted con impaciencia. Salió usted con el doctor y le habrá dicho francamente su opinión. ¿Hay esperanza?

— Sí, amiga mía, tranquilícese usted. Langlois asegura que con un régimen severo y siguiendo fielmente sus instrucciones, conseguiremos vencer el mal. ¿Cómo se encuentra ahora Santiago?

— Lo mismo: ensimismado, no habla y pasa el tiempo haciendo figuras con el lápiz... Está muy débil, y quisiera que comiera algo. Esta mañana ha tenido el capricho de que le haga un plato que dice que le servían en Niza... Dice que se llama *risotto*, y estoy aquí buscando en este libro la receta, á ver si puedo hacerlo á su gusto. Yo voy á volverme loca.

— ¡Un *risotto*!, exclamó Lechantre, aparentando jovialidad... Yo sé lo que es y puedo ayudar á usted. En primer lugar, pone usted á cocer arroz con agua, y luego que esté cocido le pone usted caldo de buena carne... Cuando esté á punto le rociamos de queso de Parma rayado y tendremos un *risotto* que se chupará los dedos de gusto el que lo coma.

En aquel punto, Cristina volvía de la iglesia. Oyendo á Lechantre y su madre discutir gravemente aquella cuestión culinaria, se encogió de hombros, é invitándola el maestro á ayudar á su madre, insinuó beatamente que se ocupaban demasiado en el alimento del cuerpo y muy poco en el del alma. Compadecía á los que tenían ojos y no veían. Ella no se hacía ilusiones; creía que Santiago estaba gravemente enfermo, y no esperaba nada más que de la Providencia. Este sermón hizo llorar á la anciana, y Lechantre no pudo contenerse.

— Señorita, dijo, puede que tenga usted razón, y que como María de Magdala haya usted elegido la mejor parte; pero Marta tenía también buen corazón, y sin ella, Nuestro Señor Jesucristo no hubiera cenado... Así pues, creo que debe usted ayudar á su madre en la confección del *risotto*, mientras yo voy á hablar con Santiago. Señora Moret, no olvide usted llamarme cuando el *risotto* esté á punto.

Y se dirigió al cuarto de su discípulo. El enfermo, envuelto en mantas, estaba tendido en un ancho sillón cerca de la ventana abierta. Aunque hacía calor, tiritaba. Como había dicho á Teresa, el pobre estaba desconocido; su cuerpo era un esqueleto; sus cabellos y su barba parecían no tener vida; sus mejillas hundidas presentaban un tinte azulado; en el fondo de la órbita sus ojos negros se movían incesantemente con la inquieta expresión ansiosa de los enfermos que quieren leer en el rostro de los demás lo que piensan de su estado. Tenía un álbum sobre las rodillas y trazaba un paisaje.

— ¡Bravo, hijo mío!, exclamó el maestro. Te has puesto á trabajar. Esa es buena señal. A ver, á ver.

Creó que Santiago copiaba el paisaje que se extendía frente á la ventana, pero vió que lo que dibujaba de memoria era la rada de Villafranca, vista desde el camino de Beaulieu.

— Bien, bien, dijo; eso es dibujar.

— No, suspiró tristemente Santiago, cerrando el álbum, no vale nada, le falta color, vida... Sería preciso tener aquí aquella luz... ¡Ah, qué puestas de sol desde la villa Endymión!.. Las colinas de olivos y pinos sobre un fondo de oro, donde brillaba como plata la silueta de la luna... Aquella luz me hace falta. Aquí el paisaje es gris y el sol no calienta... Y además, esta angustia que siento, este miedo de ahogarme... que me paraliza los dedos. No, no puedo pintar más, querido maestro... Esto se acabó... Y ahora que estamos solos, dígame usted, prosiguió fijando la mirada en los ojos de Lechantre, ¿qué ha dicho Langlois?

— Langlois dice, contestó el viejo afectando jovialidad, que haces mal en tener aprensión; que con un buen régimen y mucho cuidado, antes del invierno podrás volver á trabajar.

— ¡Ah, si fuera verdad!, suspiró el enfermo con desaliento. Mire usted, si me dijeran: «Te van á cortar las dos piernas, pero podrás pintar...» me las dejaría cortar muy contento. Volvería á Niza, y tenga usted por seguro que pintaría un buen cuadro. No puede usted imaginarse cómo me inspira aquel hermoso país. Cierro los ojos, y veo en plena luz aquellos sitios. Desde aquí percibo el olor de los eucalyptus, y por la noche experimento la obsesión de la orquesta del Casino. ¿Recuerda usted la noche que vimos llegar á Mania con su traje blanco con encajes rojos?»

«No piensa en otra cosa», pensó Lechantre, que ya iba á hablarle de Teresa, lo que le pareció inoportuno en el momento.

Los interrumpió Cristina, que venía á poner la mesa para que comiera su hermano, y la voz de la anciana, que llamaba á Lechantre desde la cocina.

— Espera, dijo al enfermo, ahora vuelvo. Te hemos preparado una sorpresa, un plato de Niza, que te devolverá el apetito.



— Está muy grave, respondió el médico, y he querido que me acompañe usted para hacerle unas preguntas...

Cinco minutos después volvía con la madre, que traía el *risotto* humeante y despidiendo rico olor.

— Aquí está, dijo cómicamente Lechantre, el *risotto* pedido... Le hemos añadido algunas trufas de Borgoña... ¡Oh! No son tan buenas como las del Piemonte; pero, hijo, hacemos lo que podemos. Pruébalo.

Bromeando, sirvió al enfermo, en tanto que la anciana, animada porque iba á comer su Benjamín, le servía en un vasito dos dedos de vino de Burdeos y cortaba unas rebanadas de pan.

Santiago, viendo al fin el plato que había deseado, experimentó una pasajera alegría infantil. Tomó un poco del famoso *risotto*, lo masticó trabajosamente, y luego arrojó con tristeza el tenedor y rechazó el plato que tenía delante.

— ¡Qué! ¿No te gusta, hijo?, preguntó con ansiedad la madre.

— No, murmuró, no es eso... Para que me supiera bien, tenía que comerlo allí, confeccionado por la gente del país, servido enfrente de los limoneros de Beaulieu... Llevaos eso, me repugna.

Cristina, con una sonrisa irónica, quitó la mesa, mientras que la pobre madre corría á la cocina para llorar á solas. El pintor y su maestro quedaron solos otra vez.

— ¡Por vida de!, exclamó Lechantre; haces sufrir mucho á tu pobre madre... Y te advierto que si quieres recobrar las fuerzas y la salud es preciso que te alimentes.

— No las recobraré jamás aquí. A todos hago justicia; todos me cuidan aquí admirablemente, mamá, sobre todo, no sabe qué hacer por mi bien, pero es trabajo perdido... El aire de Rocatallada no me conviene... Aquí no respiro... El hechizo de Niza no lo olvido, y lo necesito. ¡Ah! Los nicenses tienen razón en tener por símbolo una golondrina con este lema: «¡Volveré!» Cuando se ha gozado de aquella luz, no se puede vivir en otra parte. Mi cuerpo no puede curarse aquí porque mi corazón ha quedado allí á la orilla de aquel mar azul. No hablo á usted de Mania, y acaso cree usted que la he olvidado... No, no; siempre pienso en ella; en mis noches de insomnio la veo constantemente; está unida á mi carne y á mi pensamiento. Sea usted franco, Lechantre, ¿ha oído usted hablar de ella desde que me trajo usted aquí?

— Sí, respondió evasivamente el maestro, se marchó de Niza y no volverá.

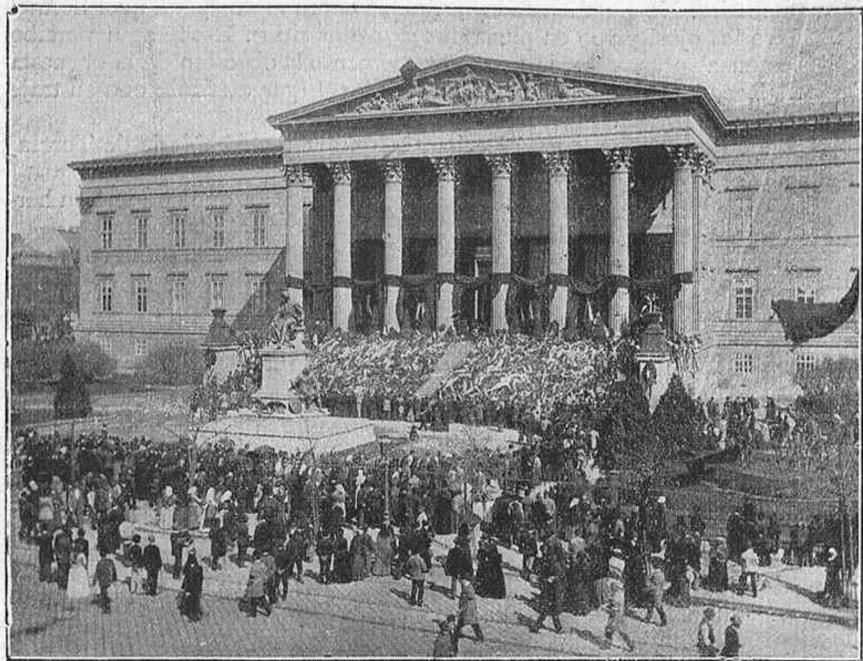
— Sí volverá, repuso Santiago, exaltándose. Tampoco ella puede vivir en otra parte. Volverá, y extrañará mucho no encontrarme. No es posible que no me ame ya. Estoy seguro de que me ama y de que si supiera cómo estoy, correría á verme, vendría aquí.

— Ya sabe tu enfermedad y no ha venido.

(Concluirá)

ENTIERRO DE KOSSUTH EN BUDAPEST

El 1.º del presente mes verificóse en la capital de Hungría el entierro de Luis Kossuth. Los honores tributados en Budapest al cadáver del gran patriota



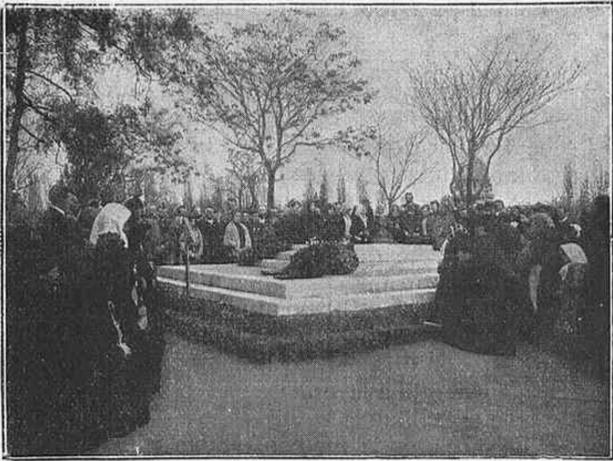
Entierro de Kossuth.—El pueblo de Budapest contemplando el paso del cortejo fúnebre

que después de muerto era restituído á la patria de donde voluntariamente se desterrara, y las elocuentes y grandiosas manifestaciones de dolor con que sus compatriotas acompañaron hasta la tumba al idolatrado héroe de la libertad, fueron una imponente apotheosis de esa figura hermosa y eminente de la historia húngara.

Desde el momento en que se trató de restituir á su patria, aunque muerto ya, al *padre Kossuth*, como allí se le llamaba, después de cuarenta y cinco años de ausencia, diéronse al olvido los errores de aquel hombre que con tenacidad implacable luchó siempre por la independencia de Hungría, y la nación húngara sólo se acordó de los inmensos beneficios que le debía, y el dolor más profundo se apoderó de ella cuando tuvo noticia del fallecimiento del constante defensor de sus libertades.

Ese dolor se manifestó en los millares de cartas y telegramas de pésame dirigidos á los hijos de Kossuth, en el sinnúmero de coronas depositadas junto al féretro, en las sinceras lágrimas que al cundir la noticia de su muerte se derramaron y en el entusiasmo con que todo el mundo, pobres y ricos, contribuye á la suscripción que se ha abierto para la erección de un monumento que no tardará en perpetuar la memoria de aquel gran hombre.

La prueba más elocuente del cariño y de la veneración que á Kossuth profesaba el pueblo húngaro, del sentimiento que su muerte ha producido y del respeto á su recuerdo consagrado, ha sido la imponente manifestación á que ha dado lugar su entierro. De todos los distritos del país acudieron á Budapest comisiones para asistir á la fúnebre ceremonia, y no hay una sola aldea en toda Hungría que no haya



Tumba provisional de Kossuth

enviado por lo menos un representante: la mayoría de las poblaciones han estado representadas por delegaciones numerosas; la de la ciudad de Czegled, por ejemplo, se componía de más de 600 individuos.

El Museo Nacional, en cuyo clásico vestíbulo se

depositó el ataúd que contenía los restos de Kossuth y que desapareció bajo un verdadero bosque de laurel, convirtiéndose en lugar de triste romería mientras en él estuvo expuesto el cadáver: desde la madrugada del viernes hasta la mañana del domingo, millares y millares de personas acudieron á los magníficos jardines, entre los cuales se alza el majestuoso edificio, para contemplar al través de la puerta la cámara ardiente en donde se hallaba, guardado por ancianos *honveds* de los años 1848 y 1849 y por estudiantes de la Universidad vestidos de gala, el muerto ilustre cubierto de olorosas flores sobre las cuales derramaban torrentes de luz infinitad de cirios y de lámparas eléctricas.

Para las diez de la mañana del domingo habíase fijado la ceremonia del entierro, pero desde las siete toda la población de Budapest estaba en movimiento, llenando las calles por donde había de pasar el fúnebre cortejo: el curso que éste debía recorrer, desde el Museo al cementerio, alcanzaba un extensión de más

de seis kilómetros, y á pesar de esto, por todas partes se veía una multitud inmensa y compacta, que no bajaría en su conjunto de algunos centenares de miles de personas. A ambos lados de las calles formaban cordón las asociaciones y corporaciones con sus banderas, detrás de las cuales agolpábase el público, y por el espacio que dejaban libre los dos cordones formados por las asociaciones referidas y por una especie de milicia organizada con motivo del entierro para mantener el orden, circulaban las diputaciones enviadas de todos los puntos del reino con sus estandartes enlutados. En los balcones y ventanas de las casas cubiertas de colgaduras negras y adornadas con retratos de Kossuth, en las buhardillas, en los árboles de los bulevares y hasta en las columnas de anuncios apiñábase la multitud.

La triste ceremonia comenzó á las diez de la mañana, entonando el orfeón de Budapest un himno, concluido el cual, el obispo luterano Sarkany rezó una oración y pronunció un discurso necrológico del gran húngaro. Mauricio Jokai, en nombre del Parlamento, hizo el elogio fúnebre de Kossuth en términos poéticos y conmovedores, y el viceburgomaestre Gerloczy se hizo intérprete del dolor que en la capital había producido el fallecimiento de su ciudadano honorario. Después de haberse entonado el *Szozat*, el féretro fué descendido por la grandiosa escalinata del Museo y colocado en una magnífica carroza tirada por ocho caballos, y poco antes de las once la imponente comitiva se puso en movimiento. Marchaban delante innumerables sociedades y diputaciones, entre las cuales había más de mil señoras vestidas de luto; seguían luego los bomberos voluntarios, los empleados de la empresa de pompas fúnebres montados, doce portafaroles montados también, veinte coches con más de cuatro mil coronas, los empleados municipales precedidos por la bandera de la capital, los honveds de 1848 y 1849 con sus estandartes enfundados, cincuenta pastores evangélicos, el portacruz y la carroza mortuoria y junto á ésta los burgomaestres, los representantes de la ciudad y los diputados, que alternativamente sostenían las gasas que pendían del féretro. Inmediatamente después de éste iban los hijos de Kossuth visiblemente, emocionados por la

manifestación sin igual de dolor que el pueblo húngaro tributaba á los restos mortales de su padre, seguidos de los miembros de la dieta, en número de trescientos, con sus vicepresidentes el conde Teodoro de Andrasay y Desiderio de Perczel y algunos individuos de la Cámara de los Magnates, llevando al frente á su segundo presidente el conde Tibor Karolyi. Cerraba el cortejo una infinidad de banderas nacionales negras y cubiertas con negros crespones, tras de las cuales marchaba un número incalculable de diputaciones de la ciudad, de los comitados y de las municipalidades y una inmensa masa de gente del pueblo. Tres horas tardó en recorrer el trayecto señalado la comitiva, cuya cabeza llegaba al cementerio cuando aún no había salido la cola del punto de partida, es decir, del Museo Nacional.

Delante de la abierta tumba rezó las preces de rúbrica el pastor Horvath, y luego pronunciaron sendos discursos Tomás Pechy en nombre de los honveds de 1848 y 1849, Julio Justh en el del partido de 1848, Fernando Horanszky en el del partido nacional, Otón Herrmann en el del partido de la independencia y el auditor universitario Botlik en nombre de la juventud húngara.

Después de estos discursos el orfeón entonó un coral fúnebre, terminado el cual el cadáver de Kossuth fué bajado á la fosa, en donde quedó colocado entre los sarcófagos de su esposa y de su hija, depositados allí pocos días antes.

El entierro, costado por el municipio de Budapest, se verificó en medio del mayor orden, y de él conservarán imperecedero recuerdo cuantos lo han presenciado.

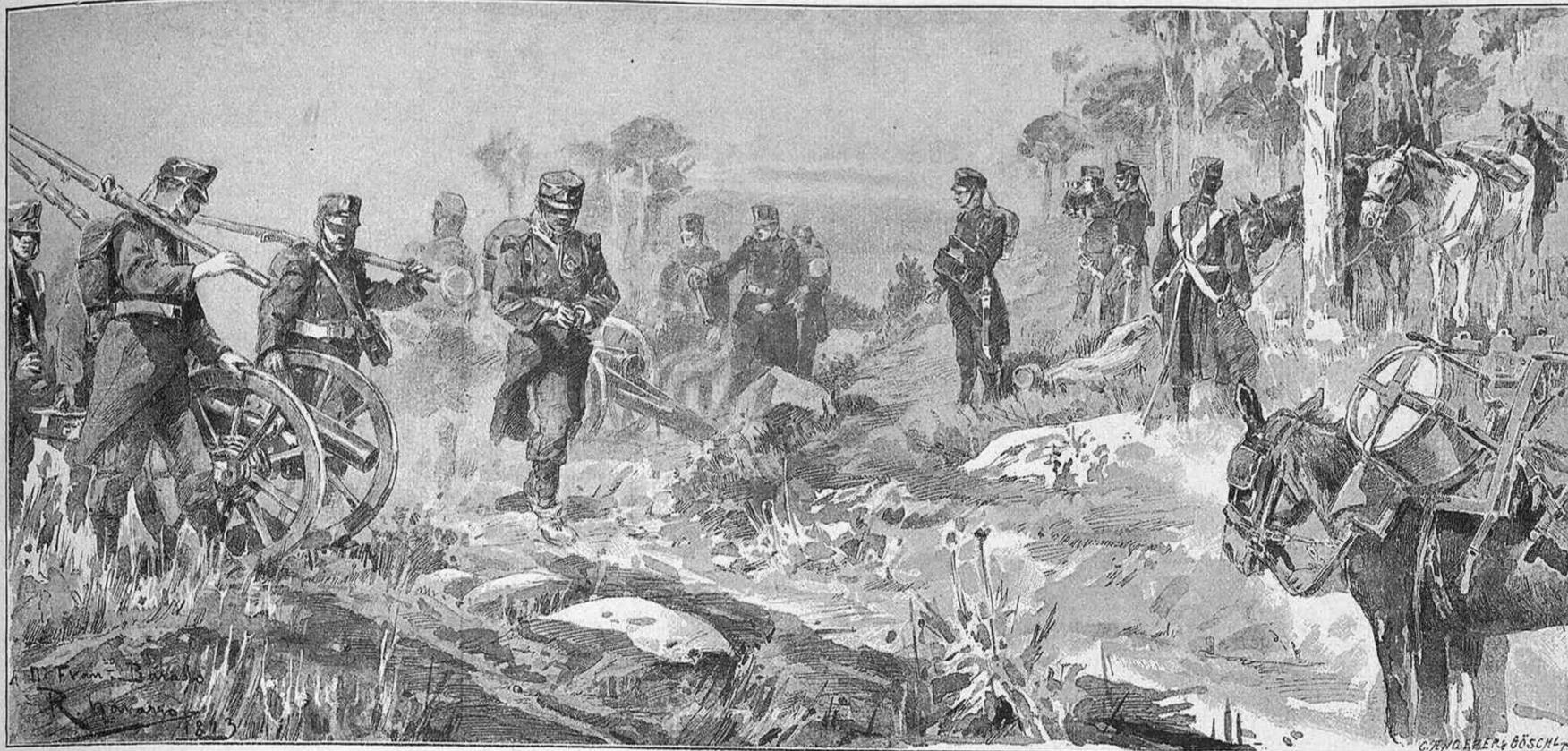
Bien ha pagado Hungría la deuda de gratitud contraída con el patriota insigne que en el club, en el Parlamento, en la prensa y en el campo de batalla luchó siempre heroicamente por la independencia de



Entierro de Kossuth.—Paso del cortejo fúnebre por las calles de Budapest

su patria y combatió con energía y constancia la dominación austriaca; con el que fundó asociaciones nacionales cuyos afiliados se comprometieron á usar exclusivamente productos de la industria húngara, impidiendo el desarrollo industrial de Austria en Hungría; con el que elevado al puesto de dictador organizó y sostuvo la lucha de 1848, en la cual él y sus generales obtuvieron grandes ventajas sobre los austriacos, hasta que la intervención de Rusia decidió la guerra en favor de éstos; con el que viendo nuevamente sojuzgado el país por cuya libertad tantos esfuerzos y sacrificios había hecho, se refugió en territorio extranjero, primero en Turquía, luego en Inglaterra, después en los Estados Unidos y finalmente en Italia, en la ciudad de Turín, en donde ha vivido en voluntario destierro desde 1875 hasta el momento de su muerte.

En 1879 la Cámara de diputados de Hungría aprobó, á pesar de las vivas protestas de la extrema izquierda, una ley especialmente dirigida contra Kossuth, por la que se privaba de los derechos de ciudadano húngaro á todo el que residiera voluntariamente cierto número de años en el extranjero: el entierro del gran revolucionario ha probado elocuentemente cuán poco se inspiraron aquellos torpes legisladores en los verdaderos sentimientos del pueblo y cuán inútil ha sido aquella ley cuando se ha tratado de rendir el último tributo, tan extraordinario como merecido, al hijo predilecto de Hungría.



BATERÍA DE MONTAÑA, dibujo de R. Navarro

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, limpia
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 GARRULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA
 Dosadas á 0 gr. 125 de Polvo.
 Verdadero específico del
ESTREÑIMIENTO
 HABITUAL
 PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers. - Muestras grátis á los Médicos.
 Depósito en todas las principales Farmacias.

Enfermedades de la Vejiga
 Arenilla, Mal de piedra, Incontinencia,
 Retención, Cólicos nefríticos, curados por las
PÍLDORAS Benzoicas ROCHER
 Fl. 5 francos. ROCHER, farmacéutico, 112, r. Turenne, Paris.
 Léase con atención el folleto ilustrado que se remite contra envío de 1 Peseta.
 En Barcelona: Vicente Ferrer

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fabrica, Expediciones : J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

QUINA ANTI-DIABÉTICA ROCHER
 FRASCO: 3'50. Expedición franco de dos frascos
 contra 8 fr. - Depósito ROCHER, Farmacéutico,
 112, Rue de Turenne, PARIS, y FARMACIAS.
 Envío gratis y franco de un estudio interesante
 indicando causas y consecuencias de la DIABETIS.
 En Barcelona: Vicente Ferrer

DUGOUR, constructor, 81, Faub. 9
 St. Denis, Paris, vende al por me-
 nor á igual precio que al por ma-
 yor. Velocípedos de camino, 145 fr. So-
 berrbios neumáticos, 295 fr. Catálogo gratis

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento,
 Jaqueca,
 Malestar, Pesadez gástrica,
 Congestiones,
 curados ó prevenidos.
 (Etiqueta adjunta en 4 colores)
 PARIS : Farmacia LEROY
 91, rue des Petits-Champs.
 En todas las Farmacias de España.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
 cion que produce el Tabaco, y especialmente
 á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emision de la voz. - Precio : 12 REALES.
 Escribir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de
 todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la
 Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar : la Clorosis, la
 Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre,
 el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de
 Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos,
 regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre
 empobrecida y descolorida : el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropsias, Toses nerviosas; Empleado con el mejor éxito Bronquitis, Asma, etc.

Grajeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTE
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anémia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grajeas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grajeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



EN EL OCASO, cuadro de Francisco Sans Castaño (Salón París)

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
Solucion **BLANCARD** Comprimidos de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS, DOLORS UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**
Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1873 1876 1878 1879
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**, **GASTRITIS - GASTRALGIAS**, **DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**, **FALTA DE APETITO** Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 3, rue Dauphine y en las principales farmacias.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos **Alivia y Cura el CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.**
25 años de éxito. Med. Oro y Plata. J. FERRE y Cia, Pcos. 102, R. Richelieu, Paris.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES del PECHO** y de los **INTESTINOS**.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Enlgr en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energetico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la **Anemia** y el **Apocamiento**, en las **Calenturas** y **Convalecencias**, contra las **Diarreas** y las **Afecciones del Estomago** y los **intestinos**.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN